

UNIDAD IBEROAMERICANA.

9. 75

Algunos lustros después de proclamada la emancipación de los diversos pueblos iberos del Continente americano, y ya cuando las influencias de los odios que la tragedia engendró empezaron a desvanecerse, se comenzó a sentir la necesidad de buscar un acercamiento con la patria de origen, y diversos esfuerzos se han venido realizando hacia ese acercamiento.

Acontecimientos posteriores, cuyas consecuencias tiene y tendrá que lamentar la mayoría de los pueblos latino americanos, han robustecido la idea de que un acercamiento entre ellos mismos y la Madre Patria fortalecerá su posición política y restauraría la unidad étnica, desintegrada con la emancipación de la mayor parte de los pueblos que constituyeron la grandeza de España.

Y acciones más intensas han intentado realizar los diversos Gobiernos de todos estos pueblos para alcanzar la realización de este noble ideal; pero los éxitos han sido raquíticos y siguen en lamentable dispersión los factores que constituyeron uno de los poderes más grandes de la Tierra. Seguramente que uno de los motivos de los fracasos sufridos en la labor de acercamiento que en diversas ocasiones se ha emprendido para agrupar alrededor del tronco hispano todos los vástagos dispersos, ha radicado en -- que esa labor ha sido emprendida por los Gobiernos y ha -- pretendido confundirse el noble anhelo que palpita en todos los cerebros y los corazones de origen hispano con los intereses políticos de los Gobiernos respectivos. De esta suerte la labor se ha empequeñecido, porque han sido encargados de ella, generalmente, agentes oficiales que, en su propaganda, han antepuesto siempre la política oficial de

*Publicado en "La Esfera"
de Madrid el 24 de no-
viembre del 1923.*

70
las personas que los comisionan, preocupándose más por dar lustre y relieve a sus jefes respectivos que al cumplimiento de la elevada misión en nombre de la cual han pretendido disfrazar sus actos.

Además, los agentes oficiales encargados de consumir el noble anhelo de acercamiento han tenido que callar, -- seguramente, muchas verdades cuando estas se han opuesto a los convencionalismos oficiales de los grupos reducidos que los Gobiernos representan, y más aún cuando las aspiraciones y anhelos populares, por lo general, andan divorciados de las orientaciones políticas de los Gobiernos -- respectivos.

Es tiempo ya de aprovechar las amargas enseñanzas de los fracasos sufridos por los Gobiernos para buscar el - anhelado acercamiento y explorar nuevos senderos que puedan conducirnos a la realización de tan altas finalidades, y ésto sólo se conseguirá si en su forma espontánea y desinteresada acogen la idea y se agrupan en torno suyo intelectuales cuyo cerebro, espíritu y estómago estén - substraídos en lo absoluto a influencias oficiales y puedan desarrollarla con una amplitud de miras que no reconozca más fronteras que aquellas que les impongan sus propias conciencias . Además, la Historia nos demuestra que ningún Gobierno ha realizado obras de alta trascendencia.

Se hace necesario, por consiguiente, que los que tomen a su cargo la dirección de esta noble tarea descuiden en absoluto los intereses políticos que representan los Gobiernos respectivos y los prejuicios que puedan causar a pequeños o grandes intereses materiales.

No basta, además, la sinceridad de propósitos y la unidad de aspiraciones, si no se fija un punto único co-

mo objetivo de la acción para que hacia él converjan todos los esfuerzos.

Se impone una labor de Prensa, activa y fecunda, para despertar en todos los espíritus la idea de que una obra de tan ~~alta~~ alta trascendencia no puede ni debe ser inspirada ni planteada por los Gobiernos; que ella corresponde exclusivamente a los pueblos y que éstos deben despojarse de su habitual apatía, acogerse a ella y hacerla el más caro y noble objetivo de su vida, y sentirla, vivirla, fomentarla constantemente, hasta convertirla en factor integrante de su propia idiosincracia, única forma de lograr su realización definitiva.

La magnitud de la obra a nadie se oculta; pero es tan propicio el momento, que bastará encauzarla dentro de fórmulas -- adecuadas para que la generación que ahora se levanta ~~vea~~ la vea definitivamente realizada.

La independencia de los pueblos hispanoamericanos se produjo, en mi concepto, como lo dije en mi primer artículo, en términos y forma prematuros, y cuando se realizó fué una independencia exclusivamente política de España; pero no una independencia económica de los españoles ^{los} que durante tres siglos de dominación habían logrado acaparar un noventa y cinco por ciento, aproximadamente, de las riquezas naturales del Continente por ellos dominado, y la evolución social y política de todos estos pueblos ha tenido que chocar constantemente con el crecido número de intereses materiales poseído dentro de sus fronteras por súbditos españoles. En defensa de aquellos intereses han tenido que acudir frecuentemente al reino, produciéndose las consiguientes divisiones y neutralizándose en gran parte la labor de acercamiento que se ha intentado realizar, y ese escollo formidable ha radicado en el volúmen de intereses materiales que constantemente se ve afectado por las disposiciones o leyes que se dictan, ten-

dientes a satisfacer las necesidades y anhelos populares.

Acaso ningún acercamiento espiritual está dentro de los límites de lo posible si los encargados de su propagación y desarrollo se detienen ante las consideraciones de índole material. Es por eso principalmente que los vínculos de tan noble idealidad deben buscarse en un plano superior suficientemente elevado que los permita substraerse en lo absoluto a las influencias de los intereses materiales y muy particulares -que por lo general forman el volumen máximo de éstos- y buscar, dentro de los más amplios horizontes del porvenir, el punto a donde deben converger todas esas voluntades y todos esos vínculos para reconstruir -- alrededor de él la gran entidad espiritual y mental que concibió el inmortal Cervantes y le hizo representar por el Quijote, haciendo a un lado todas las consideraciones de índole material, pues de lo contrario el acercamiento no pasará de una necesidad política y de un anhelo constantemente fracasado, ya que obras de tan alta trascendencia requieren un espíritu igualmente noble, dispuesto siempre al sacrificio. Esto corresponde exclusivamente a los caballeros del ideal.

ALVARO OBREGON.

México, 1923.

Este artículo fué publicado en LA ESFERA de Madrid, correspondiente al 24 de noviembre de 1923.

Algunos lustros después de proclamada la emancipación de los diversos pueblos iberos del Continente americano, y ya cuando las influencias de los odios que la tragedia engendró empezaron a desvanecerse, se comenzó a sentir la necesidad de buscar un acercamiento con la patria de origen, y diversos esfuerzos se han venido realizando hacia ese acercamiento.

Acontecimientos posteriores, cuyas consecuencias tiene y tendrá que lamentar la mayoría de los pueblos latino americanos, han robustecido la idea de que un acercamiento entre ellos mismos y la Madre Patria fortalecerá su posición política y restauraría la unidad étnica, desintegrada con la emancipación de la mayor parte de los pueblos que constituyeron la grandeza de España.

Y acciones más intensas han intentado realizar los diversos Gobiernos de todos estos pueblos para alcanzar la realización de este noble ideal; pero los éxitos han sido raquíticos y siguen en lamentable dispersión los factores que constituyeron uno de los poderes más grandes de la Tierra. Seguramente que uno de los motivos de los fracasos sufridos en la labor de acercamiento que en diversas ocasiones se ha emprendido para agrupar alrededor del tronco hispano todos los vástagos dispersos, ha radicado en -- que esa labor ha sido emprendida por los Gobiernos y ha -- pretendido confundirse el noble anhelo que palpita en todos los cerebros y los corazones de origen hispano con los intereses políticos de los Gobiernos respectivos. De esta suerte la labor se ha empequeñecido, porque han sido encargados de ella, generalmente, agentes oficiales que, en su ^{progr} propaganda, han antepuesto siempre la política oficial de

las personas que los comisionan, preocupándose más por dar lustre y relieve a sus jefes respectivos que al cumplimiento de la elevada misión en nombre de la cual han pretendido disfrazar sus actos.

Además, los agentes oficiales encargados de consumar el noble anhelo de acercamiento han tenido que callar, -- seguramente, muchas verdades cuando estas se han opuesto a los convencionalismos oficiales, de los grupos reducidos que los Gobiernos representan, y más aún cuando las aspiraciones y anhelos populares, por lo general, andan divorciados de las orientaciones políticas de los Gobiernos -- respectivos.

Es tiempo ya de aprovechar las amargas enseñanzas de los fracasos sufridos por los Gobiernos para buscar el - anhelado acercamiento y explorar nuevos senderos que puedan conducirnos a la realización de tan altas finalidades, y éste sólo se conseguirá si en su forma espontánea y desinteresada acogen la idea y se agrupan en torno suyo intelectuales cuyo cerebro, espíritu y estómago estén - substraídos en lo absoluto a influencias oficiales y puedan desarrollarla con una amplitud de miras que no reconozca más fronteras que aquellas que les impongan sus propias conciencias . Además, la Historia nos demuestra que ningún Gobierno ha realizado obras de alta trascendencia.

Se hace necesario, por consiguiente, que los que tomen a su cargo la dirección de esta noble tarea descuiden en absoluto los intereses políticos que representan los Gobiernos respectivos y los prejuicios que puedan causar a pequeños o grandes intereses materiales.

No basta, además, la sinceridad de propósitos y la unidad de aspiraciones, si no se fija un punto único co-

no objetivo de la acción para que hacia él converjan todos los esfuerzos.

Se impone una labor de Brensa, activa y fecunda, para despertar en todos los espíritus la idea de que una obra de tan ~~alta~~ alta trascendencia no puede ni debe ser inspirada ni planteada por los Gobiernos; que ella corresponde exclusivamente a los pueblos y que éstos deben despojarse de su habitual apatía, acogerse a ella y hacerla el más caro y noble objetivo de su vida, y sentirla, vivirla, fomentarla constantemente, hasta convertirla en factor integrante de su propia idiosincrasia, única forma de lograr su realización definitiva.

La magnitud de la obra a nadie se oculta; pero es tan propicio el momento, que bastará encauzarla dentro de fórmulas -- adecuadas para que la generación que ahora se levanta ~~vea~~ la vea definitivamente realizada.

La independencia de los pueblos hispanoamericanos se produjo, en mi concepto, como lo dije en mi primer artículo, en términos y forma prematuros, y cuando se realizó fué una independencia exclusivamente política de España; pero no una independencia económica de los españoles que durante ^{los} tres siglos de dominación habían logrado escapar un noventa y cinco por ciento, aproximadamente, de las riquezas naturales del Continente por ellos dominado, y la evolución social y política de todos estos pueblos ha tenido que chocar constantemente con el crecido número de intereses materiales poseído dentro de sus fronteras por súbditos españoles. En defensa de aquellos intereses han tenido que acudir frecuentemente al reino, produciéndose las consiguientes divisiones y neutralizándose en gran parte la labor de acercamiento que se ha intentado realizar, y ese escollo formidable ha radicado en el volúmen de intereses materiales que constantemente se ve afectado por las disposiciones o leyes que se dictan, ten

dientes a satisfacer las necesidades y anhelos populares.

Acaso ningún acercamiento espiritual está dentro de los límites de lo posible si los encargados de su propagación y desarrollo se detienen ante las consideraciones de índole material. Es por eso principalmente que los vínculos de tan noble idealidad deben buscarse en un plano superior suficientemente elevado que los permita substraerse en lo absoluto a las influencias de los intereses materiales y muy particulares -que por lo general forman el volumen máximo de éstos- y buscar, dentro de los más amplios horizontes del porvenir, el punto a donde deben converger todas esas voluntades y todos esos vínculos para reconstruir -- alrededor de él la gran entidad espiritual y mental que concibió el inmortal Cervantes y le hizo representar por el Quijote, haciendo a un lado todas las consideraciones de índole material, pues de lo contrario el acercamiento no pasará de una necesidad política y de un anhelo constantemente fracasado, ya que obras de tan alta trascendencia requieren un espíritu igualmente noble, dispuesto siempre al sacrificio. Esto corresponde exclusivamente a los caballeros del ideal.

ALVARO OBREGON.

México, 1923.

Este artículo fué publicado en LA ESFERA de Madrid, correspondiente al 24 de noviembre de 1923.

UNIDAD IBERO-AMERICANA.

87

Algunos lustros después de proclamada la emancipación de los diversos pueblos iberos del Continente Americano y ya cuando las influencias de los odios que la tragedia enjendró empezaron a desvanecerse, se comenzó a sentir la necesidad de buscar un acercamiento con la patria de origen y diversos esfuerzos se han venido realizando hacia ese acercamiento.

Acontecimientos posteriores, cuyas consecuencias tienen y tendrán que lamentar la mayoría de los pueblos latino-americanos, --- -- han robustecido la idea de que un acercamiento entre ellos mismos y la Madre Patria, fortalecería su posición política y restauraría la unidad étnica, desintegrada con la emancipación de la mayor parte de los pueblos que constituyeron la grandeza de España. Y acciones más intensas -- han intentado realizar los diversos Gobiernos de todos estos pueblos, -- para alcanzar la realización de este noble ideal; pero los éxitos han si do raquíuticos y siguen en lamentable dispersión los factores que constituyeron uno de los poderes más grandes de la Tierra, y seguramente que -- uno de los motivos de los fracasos sufridos en la labor de acercamiento -- que en diversas ocasiones se ha emprendido, para agrupar alrededor del tronco hispano todos los vástagos dispersos, ha radicado en que esta labor ha sido emprendida por los Gobiernos y ha pretendido confundirse el noble anhelo que palpita en todos los cerebros y los corazones de origen hispano, con los intereses políticos de los Gobiernos respectivos. De es ta suerte la labor se ha empequeñecido, porque han sido encargados de -- ella, generalmente, agentes oficiales que, en su propaganda, han ante -- puesto siempre la política oficial de las personas que los comisionan, -- preocupándose más por dar lustre y relieve a sus jefes respectivos, que al cumplimiento de la elevada misión, en nombre de la cual han pretendido

###

disfrazar sus actos.

Además, los agentes oficiales encargados de consumir el noble anhelo de acercamiento, han tenido que callar, seguramente, muchas verdades cuando éstas se han opuesto a los convencionalismos oficiales de los grupos reducidos que los Gobiernos representan y más aún cuando las aspiraciones y anhelos populares, por lo general, andan divorciados de las orientaciones políticas de los Gobiernos respectivos.

Es tiempo ya de aprovechar las amargas enseñanzas de los fracasos sufridos por los Gobiernos, para buscar el anhelado acercamiento y explorar nuevos senderos, que puedan conducirnos a la realización de tan altas finalidades; y esto sólo se conseguirá si en forma espontánea y desinteresada, acogen la idea y se agrupan en torno suyo intelectualidades cuyo cerebro, espíritu y estómago, estén substraídos en lo absoluto a influencias oficiales y puedan desarrollarla con una amplitud de miras que no reconozca más fronteras que aquellas que les impongan sus propias conciencias. Además, la Historia nos demuestra que ningún Gobierno ha realizado obras de alta trascendencia.

Se hace necesario, por consiguiente, que los que tomen a su cargo la dirección de esta noble tarea, descuiden en absoluto los intereses políticos que representan los Gobiernos respectivos y los perjuicios que puedan resentir los pequeños o grandes intereses materiales con su realización.

No basta, además, la sinceridad de propósitos y la unidad de aspiraciones, si no se fija un punto único como objetivo de la acción para que hacia él converjan todos los esfuerzos.

Se impone una labor de prensa, activa y fecunda, para despertar en todos los espíritus la idea de que una obra de tan alta trascendencia no puede ni debe ser inspirada ni planteada por los Gobiernos: que ella corresponde exclusivamente a los pueblos y que éstos deben

despojarse de su habitual apatía, acogerse a ella y hacerla el más caro y noble objetivo de su vida y sentirla, vivirla, fomentarla constantemente, hasta convertirla en factor integrante de su propia idiosincracia, - única forma de lograr su realización definitiva.

La magnitud de la obra a nadie se oculta; pero es tan pro picio el momento que bastará encauzarla dentro de fórmulas adecuadas pa ra que la generación que ahora se levanta la vea definitivamente realizada.

La independencia de los pueblos hispano-americanos se pro dujo, en concepto del suscrito, como lo dijo en su primer artículo, en - términos y forma prematuros, y cuando se realizó fué una independencia - exclusivamente política de España; pero no una independencia económica - de los españoles, que durante los tres siglos de dominación habían logrado acaparar un noventa y cinco por ciento, aproximadamente, de las riquezas naturales del continente por ellos dominado, y la evolución social - y política de todos estos pueblos ha tenido que chocar constantemente -- con el crecido volumen de intereses materiales poseído dentro de sus - - fronteras por súbditos españoles y en defensa de aquellos intereses ha - tenido que acudir frecuentemente el Reino, produciéndose las consiguientes fricciones y neutralizándose en gran parte la labor de acercamiento - que se ha intentado realizar y cuyo escollo formidable ha radicado en el volumen de intereses materiales que constantemente se ve afectado por las disposiciones o leyes que se dictan, tendientes a satisfacer las necesidades y anhelos populares.

Ningún acercamiento, seguramente, está dentro de los límites de lo posible, si los encargados de su propagación y desarrollo se - detienen ante consideraciones de índole material, y es por eso principalmente que los vínculos de tan noble idealidad deben buscarse en un plano superior suficientemente elevado que les permita substraerse en lo abso-

luto a las influencias de los intereses materiales y muy particulares, -
-que por lo general forman el volumen máximo de éstos- y buscar, dentro
de los más amplios horizontes del porvenir, el punto a donde deban con--
verger todas esas voluntades y todos esos vínculos, para reconstruir al-
rededor de él la gran entidad espiritual y mental que concibió el immor-
tal Cervantes y la hizo representar por el "Quijote", haciendo a un lado
todas las consideraciones de índole material, pues de lo contrario el --
acercamiento no pasará de una necesidad política y de un anhelo constan-
temente fracasado, ya que obras de tan alta trascendencia requieren un -
espíritu igualmente noble y dispuesto siempre al sacrificio, y esto co--
rresponde exclusivamente a los caballeros del ideal.

México, a 3 de agosto de 1923.

ALVARO OBREGON.

Publicado en
Anuario de 1923 (1)

Nuestras relaciones con los Estados Unidos de América al iniciarse el actual período presidencial y antes de que pudiera juzgar por su propia actuación la capacidad de este Gobierno, para desarrollar el programa iniciado en el campo electoral, subsistía en el Departamento de Estado de Washington la idea de garantizar los intereses de los americanos en México mediante un Tratado previo a la reanudación de las relaciones diplomáticas entre los dos países. Posteriormente se indicó que por este medio podría quedar otorgado de modo implícito el reconocimiento al Gobierno de México, y el de los Estados Unidos, al efecto, insinuó y propuso formalmente un proyecto de tratado que contenía estipulaciones contrarias a algunos de nuestros preceptos constitucionales. Su adaptación, por lo tanto, conduciría inevitablemente a crear una situación privilegiada en favor de los Americanos residentes en México, que se hará automáticamente extensiva a los nacionales de otros países por causa de la conocida cláusula de la Nación más favorecida. Esto es, tendería a producir, a menos de que se reformara la Constitución de acuerdo con las demandas de un país extraño, ventajas injustificadas en favor de los americanos residentes en México o en general de un grupo de extranjeros sobre el resto de ellos, y lo que es peor aun, sobre los mismos mexicanos; pero aunque esto no fuere así, ya que se trataba de un simple proyecto sujeto al estudio de este Gobierno y que el de la Casa Blanca, según indicaciones ulteriores, no tiene el propósito de insistir sobre estipulaciones contrarias a nuestras leyes, el Gobierno de México ha pensado que no es posible, ni conveniente, ni necesario, firmar un tratado semejante en tales condiciones, toda vez que su procedencia respecto del reconocimiento o la simultánea de ambos actos, o su fusión; y considerado que la firma de dicho tratado -

88

podiera implicar o significar al mismo tiempo la reanudación de las relaciones diplomáticas entre los dos países, hubiera dado al reconocimiento el carácter de condicional y hubiera lesionado gravemente la soberanía de México. Es este, en efecto, un Estado cuya existencia y soberanía que jamás han sido cuestionadas durante cien años, y sus Gobierno por consiguiente tienen derecho a ser reconocidos por los Gobiernos de los demás países de acuerdo con el derecho establecido, es decir, sin más condiciones que su legalidad para cumplir sus deberes y compromisos internacionales. No sería, pues, justificable, a la luz del derecho internacional, la exigencia de que el Ejecutivo de México contrajera compromisos de antemano para que le fuera otorgado el reconocimiento; pero aparte de esta razón de derecho, tampoco podrá justificarse tal exigencia por innecesaria aun a los intereses que con ella se pretende proteger, si se toma que el actual Jefe del Gobierno ha hecho, primero como candidato y después como Gobernante, repetidas declaraciones de ajustar su política a los dictados de la Ley y de la moral, y abundan las pruebas tanto de su capacidad para desarrollar esta política como del apoyo que en tal sentido le prestan los otros Poderes de la Federación, pruebas debidamente apreciadas por todos los Gobiernos de países Europeos, Americanos y Asiáticos que no han vacilado en reanudar sus relaciones diplomáticas con el de México. Para no citar de entre todas esas pruebas sino las que más directamente se relacionan con los intereses extranjeros en México, a la pacificación total de la República y su rápida reorganización administrativa y financiera, bastaría agregar, por ejemplo, la desincautación de los Bancos de emisión y de -- otros muchos bienes de propiedad particular intervenidos por una Administración anterior que mereció no ser reconocida por el Gobierno de los Estados Unidos. Y con el fin de concretar las prue-

bas al caso particular de los intereses americanos, es suficiente recordar, primero, que a raíz casi de inaugurado el presente Gobierno, se invitó de un modo formal y por conducto de la Secretaría de Relaciones Exteriores a la casa Speyer de Nueva York y al Comité Internacional de Banqueros presidido por el señor Lamont, para que tan pronto como lo desearan, vinieran a México a arreglar con este Gobierno las cuestiones pendientes relativas a nuestra deuda exterior; segundo, que el Gobierno actual, a pesra de que existe la Comisión Nacional de reclamaciones cuyos fines son conocer y resolver sobre las quejas que se presenten por daños causados por la revolución y que ciudadanos de Austria, de Cuba, de China, de Francia y súbditos de Inglaterra y de Italia, han presentado reclamaciones por la vía diplomática y que estas reclamaciones han crecido considerablemente de enero a julio del presente año, esto es, cuando regían ya las disposiciones que reformaron la ley constitutiva correspondiente; lo cual demuestra la confianza que van conquistando en los interesados los nuevos procedimientos de la comisión y que justo es recordarlo ha habido casos como el del señor Wodg Wi, ciudadano chino, que ha dejado al criterio de dicha comisión el fijar los daños por él sufridos, y el del súbdito español don Alvaro Calleja, que con gran desinterés renunció a todo derecho de reclamación por daños que estimaba en la crecida suma de 272,000 dólares. A pesar de todo esto, repito, el presente Gobierno, en su deseo de satisfacer con mayor amplitud aun las demandas justas de los extranjeros, damnificados y fundándose en el artículo 50 del Decreto del 10 de mayo de 1913 y del artículo 13 reformado de la ley de 24 de diciembre de 1917, invitó a los Gobiernos extranjeros a fin de que de acuerdo con el Gobierno de México se procediera a celebrara convenciones para el establecimiento de ~~comisiones~~ comisiones mixtas permanentes encargadas de conocer de

Las reclamaciones de sus nacionales. Y por último, que el carácter no retroactivo del artículo 27 constitucional respecto a concepto y derecho de propiedad petrolera privada, ha quedado definido recientemente por ejecutorias de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, con cuyo espíritu están enteramente de acuerdo diversas manifestaciones y declaraciones del Ejecutivo de mi cargo y de algunos miembros y grupos de este Congreso que no es aventurado suponer son en mayoría abrumadoras, dando así un bello ejemplo de solidaridad Gubernamental en la que garantiza plenamente la reglamentación y aplicaciones futuras de dicho artículo 27 con entera subordinación al mencionado principio de no retroactividad. Así, pues, las tres cuestiones que principalmente interesan a los derechos de los extranjeros en México o sean: la reanudación del servicio de la deuda pública, la reparación equitativa de los daños causados por la revolución mediante fallos imparciales de comisiones mixtas y la interpretación no retroactiva del artículo 27 constitucional, pueden considerarse ya resueltas por la simple ejecución voluntaria del programa sano del Gobierno de México y resulta, por lo tanto, como lo expuse antes, no solamente innecesario consignarlas en un tratado con un Gobierno extranjero, sino también indecoroso, ya que por un lado las relaciones diplomáticas están en suspenso y que por otro lado un tratado internacional quitaría a los referidos actos de nuestro Gobierno su indiscutible carácter de espontaneidad. En otras palabras, y resumiendo, nuestro Gobierno se preocupa tanto como el de Estados Unidos por la protección de los intereses americanos en México, considerando que esta protección es uno de sus deberes más imperiosos hacia aquel gran país. Nosotros no solamente por

los vínculos materiales que necesariamente crea su vecindad geográfica, sino también por los morales, más fuertes aún, de nuestras simpatías hacia sus instituciones democráticas y las cualidades de su pueblo, coinciden, pues, todos los Gobiernos en este propósito, y el de México, con el fin de cooperar más eficientemente en su realización, - esto es, para que ésta llegue a revestir una forma tal ~~que~~ que ~~prestigio~~ fortalezca el prestigio de dicho Gobierno y la capacidad mejor para cumplir ese deber de protección y tengamos al propio tiempo mayor estrechamiento futuro de las relaciones entre ambos países, ha preferido eliminar la ocasión de promesas que pudieran humillarlo por el natural desenvolvimiento de su plan político y administrativo y se propone seguir por esta vía hasta que se considere el campo suficientemente libre de obstáculos para ser reconocido sin menoscabo de la dignidad y soberanía nacionales y poder después en iguales condiciones concertar y celebrar cuantos tratados se juzguen necesarios para la mayor cordialidad de las relaciones diplomáticas reanudadas. Es satisfactorio, por lo demás, poder señalar el hecho de que la gestión del Gobierno de México ajustada, como acaba de expresarlo, a los preceptos de la moral y de la ley, ha tenido elocuente resonancia más allá del río Bravo y que como consecuencia de esto, la amistad entre los pueblos americano y mexicano parece ser cada vez más estrecha y frecuente su intercambio de ideas y sus manifestaciones de mutua simpatía. Durante los últimos meses hemos sido visitados por diversos grupos de excursionistas procedentes de las ciudades de Houston, El Paso, ~~San Antonio~~ San Antonio, Dallas, Waco y Laredo, de Texas; San Francisco, Los Angeles, y San Diego, de California; Tucson y Nogales, de

Arizona; San Luis, de Missouri y Nueva Orleans, Boston y Filadelfia. Bueno es hacer notar también, pues ello arroja más luz sobre la verdadera actitud del pueblo norteamericano acerca de esta materia, que para poner término a la situación anómala de las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y México, las Legislaturas de varios Estados de aquel país han recomendado a la Casa Blanca el reconocimiento de nuestro Gobierno y que esa gestión oficial ha dado origen a multitud de gestiones privadas semejantes por parte de las Cámaras de Comercio y otras instituciones de índole parecida. Estos hechos - que han despertado en el Gobierno de México sentimientos de profunda gratitud - nos hacen esperar que no pasará mucho tiempo sin que el espíritu justiciero y el buen sentido de la Nación Norteamericana triunfen al fin y sean causa de que se trate a México en la forma que México merece para que pueda realizar, libre de toda suerte de escollos internacionales, su justo anhelo de trabajar empeñosamente y en perfecta armonía con los otros países para su propio provecho y para el mayor bien posible de la humanidad.

93

Nuestras relaciones con los Estados Unidos de América al iniciarse el actual período presidencial y antes de que pudiera juzgar por su propia actuación la capacidad de este Gobierno, para desarrollar el programa iniciado en el campo electoral, subsistía en el Departamento de Estado de Washington la idea de garantizar los intereses de los americanos en México mediante un Tratado previo a la reanudación de las relaciones diplomáticas entre los dos países. Posteriormente se indicó que por este medio podría quedar otorgado de modo implícito el reconocimiento al Gobierno de México, y el de los Estados Unidos, al efecto, insinuó y propuso formalmente un proyecto de tratado que contenía estipulaciones contrarias a algunos de nuestros preceptos constitucionales. Su adaptación, por lo tanto, conduciría inevitablemente a crear una situación privilegiada en favor de los Americanos residentes en México, que se hará automáticamente extensiva a los nacionales de otros países por causa de la conocida cláusula de la Nación más favorecida. Esto es, tendería a producir, a menos de que se reformara la Constitución de acuerdo con las demandas de un país extraño, ventajas injustificadas en favor de los americanos residentes en México o en general de un grupo de extranjeros sobre el resto de ellos, y lo que es peor aun, sobre los mismos mexicanos; pero aunque este no fuere así; ya que se trataba de un simple proyecto sujeto al estudio de este Gobierno y que el de la Casa Blanca, según indicaciones ulteriores, no tiene el propósito de insistir sobre estipulaciones contrarias a nuestras leyes, el Gobierno de México ha pensado que no es posible, ni conveniente, ni necesario, firmar un tratado semejante en tales condiciones, toda vez que su precedencia respecto del reconocimiento o la simultánea de ambos actos, o su fusión; y considerado que la firma de dicho tratado -

94

podiera implicar o significar al mismo tiempo la reanudación de las relaciones diplomáticas entre los dos países, hubiera dado al reconocimiento el carácter de condicional y hubiera lesionado gravemente la soberanía de México. Es este, en efecto, un Estado cuya existencia y soberanía que jamás han sido cuestionadas durante cien años, y sus Gobierno por consiguiente tienen derecho a ser reconocidos por los Gobiernos de los demás países de acuerdo con el derecho establecido, es decir, sin más condiciones que su legalidad para cumplir sus deberes y compromisos internacionales. No sería, pues, justificable, a la luz del derecho internacional, la exigencia de que el Ejecutivo de México contrajera compromisos de antemano para que le fuera otorgado el reconocimiento; pero aparte de esta razón de derecho, tampoco podrá justificarse tal exigencia por innecesaria aun a los intereses que con ella se pretenda proteger, si se toma que el actual Jefe del Gobierno ha hecho, primero como candidato y después como Gobernante, repetidas declaraciones de ajustar su política a los dictados de la Ley y de la moral, y abundan las pruebas tanto de su capacidad para desarrollar esta política como del apoyo que en tal sentido le prestan los otros Poderes de la Federación, pruebas debidamente apreciadas por todos los Gobiernos de países Europeos, Americanos y Asiáticos que no han vacilado en reanudar sus relaciones diplomáticas con el de México. Para no citar de entre todas esas pruebas sino las que más directamente se relacionan con los intereses extranjeros en México, a la pacificación total de la República y su rápida reorganización administrativa y financiera, bastaría agregar, por ejemplo, la desincautación de los Bancos de emisión y de -- otros muchos bienes de propiedad particular intervenidos por una Administración anterior que mereció no ser reconocida por el Gobierno de los Estados Unidos. Y con el fin de concretar las prue-

bas al caso particular de los intereses americanos, es suficiente recordar, primero, que a raíz casi de inaugurado el presente Gobierno, se invitó de un modo formal y por conducto de la Secretaría de Relaciones Exteriores a la casa Speyer de Nueva York y al Comité Internacional de Banqueros presidido por el señor Lamont, para que tan pronto como lo desearan, vinieran a México a arreglar con este Gobierno las cuestiones pendientes relativas a nuestra deuda exterior; segundo, que el Gobierno actual, a pesra de que existe la Comisión Nacional de reclamaciones cuyos fines son conocer y resolver sobre las quejas que se presenten por daños causados por la revolución y que ciudadanos de Austria, de Cuba, de China, de Francia y súbditos de Inglaterra y de Italia, han presentado reclamaciones por la vía diplomática y que estas reclamaciones han crecido considerablemente de enero a julio del presente año, esto es, cuando reglan ya las disposiciones que reformaron la ley constitutiva correspondiente; lo cual demuestra la confianza que van conquistando en los interesados los nuevos procedimientos de la comisión y que justo es recordarlo ha habido casos como el del señor Wodg Wi, ciudadano chino, que ha dejado al criterio de dicha comisión el fijar los daños por él sufridos, y el del súbdito español don Alvaro Calleja, que con gran desinterés renunció a todo derecho de reclamación por daños que estimaba en la crecida suma de 272,000 dólares. A pesar de todo esto, repito, el presente Gobierno, en su deseo de satisfacer con mayor amplitud aun las demandas justas de los extranjeros, damnificados y fundándose en el artículo 50 del Decreto del 10 de mayo de 1913 y del artículo 13 reformado de la ley de 24 de diciembre de 1917, invitó a los Gobiernos extranjeros a fin de que de acuerdo con el Gobierno de México se procediera a celebrara convenciones para el establecimiento de ^{comisiones} ~~comisiones~~ mixtas permanentes encargadas de conocer de

Las reclamaciones de sus nacionales. Y por último, que el carácter no retroactivo del artículo 27 constitucional respecto a concepto y derecho de propiedad petrolera privada, ha quedado definido recientemente por ejecutorias de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, con cuyo espíritu están enteramente de acuerdo diversas manifestaciones y declaraciones del Ejecutivo de mi cargo y de algunos miembros y grupos de este Congreso que no es aventurado suponer son en mayoría abrumadoras, dando así un bello ejemplo de solidaridad Gubernamental en la que garantiza plenamente la reglamentación y aplicaciones futuras de dicho artículo 27 con entera subordinación al mencionado principio de no retroactividad. Así, pues, las tres cuestiones que principalmente interesan a los derechos de los extranjeros en México o sean: la reanudación del servicio de la deuda pública, la reparación equitativa de los daños causados por la revolución mediante fallos imparciales de comisiones mixtas y la interpretación no retroactiva del artículo 27 constitucional, pueden considerarse ya resueltas por la simple ejecución voluntaria del programa sano del Gobierno de México y resulta, por lo tanto, como lo exuse antes, no solamente innecesario consignarlas en un tratado con un Gobierno extranjero, sino también indecoroso, ya que por un lado las relaciones diplomáticas están en suspenso y que por otro lado un tratado internacional quitaría a los referidos actos de nuestro Gobierno su indiscutible carácter de espontaneidad. En otras palabras, y resumiendo, nuestro Gobierno se preocupa tanto como el de Estados Unidos por la protección de los intereses americanos en México, considerando que esta protección es uno de sus deberes más imperiosos hacia aquel gran país. Nosotros no solamente por

los vínculos materiales que necesariamente crea su vecindad geográfica, sino también por los morales, más fuertes aún, de nuestras simpatías hacia sus instituciones democráticas y las cualidades de su pueblo, coinciden, pues, todos los Gobiernos en este propósito, y el de México, con el fin de cooperar más eficientemente en su realización, - esto es, para que ésta llegue a revestir una forma tal ~~xx~~ que ~~prestige~~ fortalezca el prestigio de dicho Gobierno y la capacidad mejor para cumplir ese deber de protección y tengamos al propio tiempo mayor estrechamiento futuro de las relaciones entre ambos países, ha preferido eliminar la ocasión de promesas que pudieran humillar por el natural desenvolvimiento de su plan político y administrativo y se propone seguir por esta vía hasta que se considere el campo suficientemente libre de obstáculos para ser reconocido sin menoscabo de la dignidad y soberanía nacionales y poder después en iguales condiciones concertar y celebrar cuantos tratados se juzguen necesarios para la mayor cordialidad de las relaciones diplomáticas reanudadas. Es satisfactorio, por lo demás, poder señalar el hecho de que la gestión del Gobierno de México ajustada, como acabo de expresarlo, a los preceptos de la moral y de la ley, ha tenido elocuente resonancia más allá del río Bravo y que como consecuencia de esto, la amistad entre los pueblos americano y mexicano parece ser cada vez más estrecha y frecuente su intercambio de ideas y sus manifestaciones de mutua simpatía. Durante los últimos meses hemos sido visitados por diversos grupos de excursionistas procedentes de las ciudades de Houston, El Paso, ~~San Antonio~~ San Antonio, Dallas, Waco, Laredo, de Texas; San Francisco, Los Angeles, y San Diego, de California; Tucson y Nogales, de

Arizona; San Luis, de Missouri y Nueva Orleans, Boston y Filadelfia. Bueno es hacer notar también, pues ello arroja más luz sobre la verdadera actitud del pueblo norteamericano acerca de esta materia, que para poner término a la situación anómala de las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y México, las Legislaturas de varios Estados de aquel país han recomendado a la Casa Blanca el reconocimiento de nuestro Gobierno y que esa gestión oficial ha dado origen a multitud de gestiones privadas semejantes por parte de las Cámaras de Comercio y otras instituciones de índole parecida. Estos hechos - que han despertado en el Gobierno de México sentimientos de profunda gratitud - nos hacen esperar que no pasará mucho tiempo sin que el espíritu justiciero y el buen sentido de la Nación Norteamericana triunfen al fin y sean causa de que se trate a México en la forma que México merece para que pueda realizar, libre de toda suerte de escollos internacionales, su justo anhelo de trabajar empeñosamente y en perfecta armonía con los otros países para su propio provecho y para el mayor bien posible de la humanidad.

El desarme de las Naciones, considerado en los pasados tiempos como un ideal únicamente, a cuyo servicio muchos grandes hombres pusieran sus esfuerzos, ha pasado en la actualidad en una necesidad ingente e inaplazable, por constituir los actuales ejércitos el fardo más voluminoso y pesado que soporta sobre sus espaldas la humanidad.

El porcentaje de brazos que trabaja y que produce está perdiendo fuerzas cada día, debilitando sus energías y agotando su paciencia, sin guardar proporciones con el porcentaje de bocas que no produce y que desarrolla sus actividades sólo para la destrucción, en todas sus formas. Bajo estas condiciones, se ha producido un desequilibrio tal, que de no conjurarse los llevará irresistiblemente a la catástrofe.

La última guerra mundial ha dado como único y costoso fruto, el convencimiento de que el período de la fuerza bruta ha pasado; de que las grandes conquistas de la humanidad están reservadas a la moral y a la ciencia; de que es necesario volver a las actividades que entrañan estas dos grandes tendencias, el inmenso conjunto de energías mentales y físicas, absorbido actualmente por los ejércitos. Por eso no habrá un solo ser humano que no aplauda sin reserva la idea del desarme; es decir: la reducción de los ejércitos a un número indispensable para garantizar el orden y la tranquilidad interiores de sus respectivos países. Hay sin embargo, con referencia al desarme, tres puntos importantes que investigar:

Primero: si la exigencia material del desarme se compecede con la etapa moral por la que atraviesa la humanidad.

Publicado en Némesis de 1923 (2)

Segundo: si el camino que se ha tomado, a juzgar por lo poco que ha trascendido al dominio publico, es el más corto para la realización de tan noble fin.

Tercero: si los representantes de los países invitados a discutir sobre ese tema, pospondrán los intereses de los países que representan a los intereses de la humanidad.

Con relación al primer punto, es indiscutible al suprimir la fuerza bruta tendrá que darse a la moral su verdadero alcance y valor, aceptando sus dictados como fallos para definir y respetar los derechos de todos y cada uno de los hombres, cualesquiera que sean su origen, su color, su lengua, su religión, y para que sean considerados, asimismo, iguales los derechos de todos los pueblos que integran la familia humana. Es necesario, pues, para que el nivel de la actual generación sea lo bastante elevado para permitirle discernir y respetar los derechos ajenos, limitando sus exigencias a los propios.

Con referencia al segundo punto, el hecho de que no haya invitado a un considerable número de naciones a tomar parte en las conferencias tan trascendentales para la humanidad entera, donde además del desarme o limitación de los armamentos, se discutirán otros puntos que introducirán verdaderas innovaciones en el derecho internacional, da cabida a la presunción de que no existe, por parte de los congregados a discutir tan importantes asuntos, la intención de usar procedimientos persuasivos para que sus acuerdos sean aceptados por los países que han quedado excluidos de ese congreso, caso en el cual el anhelado desarme se

~~INTER~~ entorpecería, no pudiendo llevarse a cabo antes de imponerse los acuerdos del citado congreso a los países que no quisieron someterse a ellos.

Sobre el tercer punto, y con el deseo más sincero de incurrir en un error, que tantos beneficios indicaría para la humanidad, soy de opinión que los intereses de los países allí representados ocuparán el primer ~~lugar~~ término en el tapete de las discusiones.

Ahora, visto el problema bajo su aspecto filosófico e histórico, tendremos que dudar de que, aun con siguiendo el desarme o limitación de los armamentos, se alcancen las finalidades morales deseadas, ya que no hemos de atribuir a las armas las desgracias que han tenido su origen en los malos instintos de los hombres, puesto que las armas han sido una necesidad de la guerra y nunca la guerra una necesidad de las armas. En todas las épocas, desde que la humanidad ha podido compilar en la Historia su pasado, encontramos que para la guerra lo único que se necesita son los hombres. Las armas se improvisan en el momento de la lucha, y si fuese dable suprimir todo aquello que el genio de la destrucción ha inventado durante los siglos, veríamos a los hombres tallar sus armas en piedra y luchar entre sí cuerpo a cuerpo, retornando a tiempos primitivos. Por lo demás, si atribuimos los inauditos estragos de la guerra a las armas modernas, tendríamos que tomar en cuenta y condenar también los modernos sistemas de comunicación, que son factores decisivos en todas las luchas, facilitando a las naciones los medios de conducir rápidamente a través de las distancias, ejércitos formidables

para llevar la guerra, en muchos casos, a peises menos fuertes; tendríamos, en fin, que condenar mucho de lo bueno que la civilización tiene, atribuyéndola ingenuamente un mal que radica única y exclusivamente en la condición humana.

Si la humanidad ha llegado a la dolorosa conclusión de que se ha descuidado en absoluto la paralela que debieron haber seguido el progreso material y el progreso moral, y que nos encontramos en una etapa de adelanto material e intelectual que no hace más que proporcionar a nuestros instintos más y mayores medios de destrucción, quizá sea ~~el~~ tiempo de que esta verdad, por amarga y dolorosa que sea, encuentre eco en la conciencia colectiva y busquemos en la moral y en la ciencia, y únicamente en la moral y en la ciencia, el último refugio y faro protector para dirigir, sobre nuestras rutas, las actividades humanas; confesando la magnitud de nuestros errores; reconociendo que todos los seres humanos, así como los pueblos, tienen los mismos derechos, y que los privilegios los crearon en su favor los primeros que dispusieron de la fuerza bruta, mutilando con ella los derechos de sus semejantes; y quizá, con ésto, pudiéramos legar a las futuras generaciones un estado de cosas menos angustioso.

103

El Desarme de las Naciones, considerado en los pasados tiempos como un ideal únicamente, a cuyo servicio muchos grandes hombres pusieron sus esfuerzos, ha pasado en la actualidad a convertirse en una necesidad ingente e inaplazable, por constituir los actuales Ejércitos, el fardo más voluminoso y pesado que soporta sobre sus espaldas la Humanidad. El porcentaje de brazos que trabaja y que produce, está perdiendo fuerzas cada día, debilitando sus energías y agotando su paciencia, sin guardar proporción con el porcentaje de bocas que consume y que no desarrolla sus actividades sino para la destrucción, en todas sus formas. Bajo estas condiciones, se ha producido un desequilibrio tal, que de no conjurarse, nos llevará irremisiblemente a la catástrofe.

La última Guerra Mundial ha dado como único y costoso fruto, el convencimiento de que el período de la fuerza bruta ha pasado; de que las grandes conquistas de la Humanidad están reservadas a la Moral y a la Ciencia, y de que es necesario volver a las actividades que entrañan estas dos grandes tendencias, el inmenso conjunto de energías mentales y físicas, absorbido actualmente por los Ejércitos. Por eso, no habrá un solo ser humano que no aplauda sin reservas la idea del Desarme, es decir: la reducción de los Ejércitos a un número indispensable para garantizar el orden y la tranquilidad interiores de sus respectivos Países.

Hay, sin embargo, con referencia al Desarme, tres puntos importantes que investigar:

Primero:-Si la exigencia material del Desarme se compadece con la etapa moral por la que atraviesa la Humanidad.

Segundo:-Si el camino que se ha tomado, a juzgar por lo poco que ha trascendido al dominio público, es el más corto para la

realización de tan noble fin y,

Tercero:-Si los representantes de los Países invitados a discutir sobre este tema, pospondrán los intereses de los países que representan a los intereses de la Humanidad.

Por lo que respecta al primer punto, es indiscutible que al suprimir la fuerza bruta, tendrá que darse a la moral su verdadero alcance y valor, aceptando sus dictados como fallos para definir y respetar los derechos de todos y cada uno de los hombres, así como los de todos y cada uno de los pueblos, derechos cuya definición nunca podrá precisarse mientras no se concedan por igual a todos los hombres, cualesquiera que sean su origen, su color, su lengua o su religión, y mientras no sean considerados, asimismo, iguales los derechos de todos los pueblos que integran la familia humana. Es necesario, pues, para que el Desarme al realizarse, no signifique un nuevo fracaso, que el nivel moral de la actual generación sea lo bastante elevado para permitirle discernir y respetar los derechos ajenos, limitando sus exigencias a los propios.

Con referencia al segundo punto, el hecho de que no se haya invitado a un considerable número de naciones a tomar parte en conferencias tan trascendentales para la Humanidad entera, donde además del Desarme o limitación de los armamentos se discutirán otros puntos que introducirán verdaderas inovaciones en el Derecho Internacional, da cabida a la presunción de que no existe, por parte de los congregados a discutir tan importantes asuntos, la intención de usar procedimientos persuasivos para que sus acuerdos sean aceptados por los Países que han quedado excluidos de ese Congreso, en cuyo caso el anhelado Desarme se entorpecería, no pudiendo llevarse a cabo, antes de imponer los acuerdos del citado Congreso a los Países que no quisieran someterse a ellos.

Sobre el tercer punto, y con el deseo más sincero de incurrir en un error, ya que tantos beneficios indicaría para la Humanidad, soy de opinión que los intereses de los Países allí representados ocuparán el primer término en el tapete de las discusiones.

Ahora, visto el problema bajo su aspecto filosófico e histórico, tendremos que dudar de que, aun conseguido el Desarme o limitación de los armamentos, se alcancen las finalidades morales deseadas, ya que no hemos de atribuir a las armas las desgracias que han tenido su origen en los malos instintos de los hombres. Las armas han sido una necesidad de la guerra, y nunca la guerra una necesidad de las armas. En todas las épocas, desde que la Humanidad ha podido compilar en la Historia su pasado, encontramos que para la guerra, lo único que se necesita son los hombres. Las armas se improvisan en el momento de la lucha, y si fuera dable suprimir todo aquello que el Genio de la destrucción ha inventado durante los últimos siglos, veríamos a los hombres tallar sus armas en piedra, y luchar entre sí, cuerpo a cuerpo, retornando a los tiempos primitivos. Por lo demás, si atribuimos los inauditos estragos de la Guerra a las armas modernas, tendríamos que tomar en cuenta y condenar también los modernos sistemas de comunicación, que son factores decisivos en las luchas, facilitando a las naciones los medios de conducir rápidamente a través de las distancias, ejércitos formidables para llevar la Guerra, en muchos casos, a países menos fuertes, y tendríamos, en fin, que condenar mucho de lo bueno que la Civilización tiene, atribuyéndole ingenuamente un mal que radica única y exclusivamente en la conciencia humana.

Si la Humanidad ha llegado a la dolorosa conclusión de que

se ha descuidado en absoluto la paralela que debieron haber seguido el progreso material y el progreso moral, y que nos encontramos en una etapa de adelanto material e intelectual que no hace sino proporcionar a nuestros instintos más y mayores medios de destrucción, quizás sea tiempo de que esta verdad, por amarga y dolorosa que sea, encuentre eco en la conciencia colectiva, y busquemos en la Moral y en la Ciencia, y únicamente en la Moral y en la Ciencia, el último refugio y el faro protector para dirigir, sobre nuevas rutas, las actividades humanas; confesando la magnitud de nuestros errores; reconociendo que todos los seres humanos, así como los pueblos, tienen los mismos derechos y los mismos deberes, y que los privilegios los crearon en su favor los primeros que dispusieron de la fuerza bruta, mutilando con ella los derechos de sus semejantes; y quizás, con esto, pudiéramos legar a las futuras generaciones un estado de cosas menos angustioso.

México, noviembre 11 de 1921.

Alvaro OBREGON.

107

El desarme de las Naciones, considerado en los pasados tiempos como un ideal únicamente, a cuyo servicio muchos grandes hombres pusieran sus esfuerzos, ha pasado en la actualidad en una necesidad ingente e inaplazable, por constituir los actuales ejércitos el fardo más voluminoso y pesado que soporta sobre sus espaldas la humanidad.

El porcentaje de brazos que trabaja y que produce está perdiendo fuerzas cada día, debilitando sus energías y agotando su paciencia, sin guardar proporciones con el porcentaje de bocas que no produce y que desarrolla sus actividades sólo para la destrucción, en todas sus formas. Bajo estas condiciones, se ha producido un desequilibrio tal, que de no conjurarse los llevará irresistiblemente a la catástrofe.

La última guerra mundial ha dado como único y costoso fruto, el convencimiento de que el período de la fuerza bruta ha pasado; de que las grandes conquistas de la humanidad están reservadas a la moral y a la ciencia; de que es necesario volver a las actividades que entranan estas dos grandes tendencias, el inmenso conjunto de energías mentales y físicas, absorbido actualmente por los ejércitos. Por eso no habrá un solo ser humano que no aplauda sin reserva la idea del desarme; es decir: la reducción de los ejércitos a un número indispensable para garantizar el orden y la tranquilidad interiores de sus respectivos países. Hay sin embargo, con referencia al desarme, tres puntos importantes que investigar:

Primero: si la exigencia material del desarme se compece con la etapa moral por la que atraviesa la humanidad.

Segundo: si el camino que se ha tomado, a juzgar por lo poco que ha trascendido al dominio publico, es el más corto para la realización de tan noble fin.

Tercero: si los representantes de los países invitados a discutir sobre ese tema, pospondrán los intereses de los países que representan a los intereses de la humanidad.

Con relación al primer punto, es indiscutible al suprimir la fuerza bruta tendrá que darse a la moral su verdadera alcance y valor, aceptando sus dictados como fallos para definir y respetar los derechos de todos y cada uno de los hombres, cualesquiera que sean su origen, su color, su lengua, su religión, y para que sean considerados, asimismo, iguales los derechos de todos los pueblos que integran la familia humana. Es necesario, pues, para que el nivel de la actual generación sea lo bastante elevado para permitirle discernir y respetar los derechos ajenos, limitando sus exigencias a los propios.

Con referencia al segundo punto, el hecho de que no haya invitado a un considerable número de naciones a tomar parte en las conferencias tan trascendentales para la humanidad entera, donde además del desarme o limitación de los armamentos, se discutirán otros puntos que introducirán verdaderas innovaciones en el derecho internacional, da cabida a la presunción de que no existe, por parte de los congregados a discutir tan importantes asuntos, la intención de usar procedimientos persuasivos para que sus acuerdos sean aceptados por los países que han quedado excluidos de ese congreso, caso en el cual el anhelado desarme se

~~109~~ entorpecería, no pudiendo llevarse a cabo antes de imponerse los acuerdos del citado congreso a los países que no quisieron someterse a ellos.

Sobre el tercer punto, y con el deseo más sincero de incurrir en un error, que tantos beneficios indicaría para la humanidad, soy de opinión que los intereses de los países allí representados ocuparán el primer ~~lugar~~ término en el tapete de las discusiones.

Ahora, visto el problema bajo su aspecto filosófico e histórico, tendremos que dudar de que, aun consiguiendo el desarme o limitación de los armamentos, se alcancen las finalidades morales deseadas, ya que no hemos de atribuir a las armas las desgracias que han tenido su origen en los malos instintos de los hombres, puesto que las armas han sido una necesidad de la guerra y nunca la guerra una necesidad de las armas. En todas las épocas, desde que la humanidad ha podido compilar en la Historia su pasado, encontramos que para la guerra lo único que se necesita son los hombres. Las armas se improvisan en el momento de la lucha, y si fuese dable suprimir todo aquello que el genio de la destrucción ha inventado durante los siglos, veríamos a los hombres tallar sus armas en piedra y luchar entre sí cuerpo a cuerpo, retornando a tiempos primitivos. Por lo demás, si atribuimos los inauditos estragos de la guerra a las armas modernas, tendríamos que tomar en cuenta y condenar también los modernos sistemas de comunicación, que son factores decisivos en todas las luchas, facilitando a las naciones los medios de conducir rápidamente a través de las distancias, ejércitos formidables

para llevar la guerra, en muchos casos, a peises menos fuertes; tendríamos, en fin, que condenar mucho de lo bueno que la civilización tiene, atribuyéndola ingenuamente un mal que radica única y exclusivamente en la condición humana.

Si la humanidad ha llegado a la dolorosa conclusión de que se ha descuidado en absoluto la paralela que debieron haber seguido el progreso material y el progreso moral, y que nos encontramos en una etapa de adelanto material e intelectual que no hace mas que proporcionar a nuestros instintos más y mayores medios de destrucción, quizá sea ~~el~~ tiempo de que esta verdad, por amarga y dolorosa que sea, encuentre eco en la conciencia colectiva y busquemos en la moral y en la ciencia, y únicamente en la moral y en la ciencia, el último refugio y faro protector para dirigir, sobre nuestras rutas, las actividades humanas; confesando la magnitud de nuestros errores; reconociendo que todos los seres humanos, así como los pueblos, tienen los mismos derechos, y que los privilegios los crearon en su favor los primeros que dispusieron de la fuerza bruta, mutilando con ella los derechos de sus semejantes; y quizá, con ésto, pudiéramos legar a las futuras generaciones un estado de cosas menos angustioso.

LA INCONSCIENCIA DE LA MORA.

12.

Un ambiente de inconsciencia invade el espíritu de los hombres y de los pueblos,

El vértigo de la fuerza atrofia las facultades mentales de los hombres y les hace perder la ruta por la que habían logrado encauzar sus actividades y que habían trazado con la experiencia de muchos siglos.

Los intereses materiales han levantado sus más altas tribunas, y es el eco de sus dictados el que trata de imponer sus doctrinas.

A la última tragaedia acudieron hombres de todas las latitudes de la tierra, de todos los idiomas y de todos los colores, quienes decían sumar su esfuerzo para conservar al mundo la libertad que intentaba arrancarle el militarismo de los países centrales, y así se realizó, en nombre de ideales abstractos, la inmolación de millones de seres humanos que, si bien es cierto, poseían distintos idiomas y tenían la tez ~~de distinto color~~ de distinto color, la sangre que todos ellos derramaron fué, en cambio, igualmente roja, e igualmente trágico el sello que la muerte dejó en sus rostros.

En esa lucha, los sacrificios fueron proporcionales a la potencialidad combativa de cada uno de los países arrastrados en la contienda, y se suponía que los derechos conquistados serían para todos. Sin embargo, cuando la tragedia hubo terminado, cuando apenas se disipaba el humo de la pólvora, cuando todos se preparaban a recoger el fruto del más grande sacrificio ofrecido por la humanidad en holocausto a sus empeños generosos, aparecieron los números subrayados sobre la carpeta de las discusiones, y el -

Publicado en Némesis
de 1923 (3)

cálculo, frío y matemático, ahuyentó los ideales. Los más grandes estadistas de nuestra época no alcanzan a descubrir los medios de resolver el problema y desvanecer con su resolución el fantasma trágico que se perfila ~~xx~~ más allá de nuestro presente y al que una ley fatal nos acerca cada día.

Las conferencias de Washington hicieron nacer una esperanzaantes de que fueran conocidas todas las bases que se establecerían para las discusiones, pero esta esperanza viene apagándose con la rapidez de un crepúsculo, y dejando una sombra de desaliento y de dolor. La humanidad toda parece no darse cuenta de lo trágico de la hora. Hombres y pueblos, casi con indiferencia, contemplan hundirse su última esperanza, sin interponer ningún esfuerzo para evitar el naufragio, porque todos obedecen a sentimientos mezquinos.

Es seguro que los enemigos de los Estados Unidos, cediendo a sus egoístas pasiones, se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque ~~los enemigos de los Estados Unidos se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque~~ ~~los Estados Unidos de Norteamérica~~ creen que entrañan solamente un fracaso político para los Estados Unidos de Norteamérica. Quizá los enemigos del Japón se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington porque abrigan esperanzas de que un choque producido entre los Estados Unidos de Norteamérica y aquel país lejano, pudiera determinar la supremacía del primero sobre éste. - Quizá los enemigos de Francia se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, -

113

con la esperanza de que una guerra entre el Japón y los Estados Unidos reste a Francia uno de sus aliados más formidables. Quizá, igualmente, los enemigos de Inglaterra se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque sus intereses mezquinos encuentran en ello una conveniencia. Y así, cada pueblo cuyo interés inmediato y particular pueda obtener algún provecho de ese fracaso, hará votos, indudablemente, porque éste se realice; lo cual explica que sean muchos los críticos que anuncian el fracaso de las conferencias de Washington, y que todavía no hayamos oído una sola voz que aconseje un remedio. Es necesario que todos los pueblos y todos los hombres se den cuenta de que el fracaso definitivo de las conferencias del desarme entraña el fracaso universal de muchas generaciones; que la chispa podrá encenderse entre dos países cualesquiera; pero que la conflagración tendrá que envolver y mezclar al mundo. Que los que ahora se regocijan por la perspectiva de un fracaso, que según sus criterios solamente ~~restaría~~ restaría personalidad a los Estados Unidos de Norteamérica, tendrían que lamentar el error demasiado tarde.

La hora exige que todos los hombres de buena fe aporten su contingente de luz para iluminar las conciencias oscurecidas y volver a los hombres y a los pueblos al punto de partida, al punto aquel donde se encontraban antes de extraviar su derrotero, para evitar que una nueva tragedia venga a ensombrecer, definitivamente, nuestro futuro, y a superar en pesimismo aquella denominación que hicie-

ron los primeros cristianos en llamar "valle de lágrimas" a lo que tendrían que denominar los que sobreviviesen a la catástrofe: "valle de sangre y exterminio"

! Pensadores de todos los confines del mundo, - exigid a vuestros cerebros el contingente máximo de luz, y aportadlo noble y desinteresadamente, en esta hora ~~trágica~~ solemne que puede convertirse en trágica!

! Hijos, madres y esposas, juntad vuestras manos y alzadlas al infinito, evocando los manes de los apóstoles de todas las épocas y de todos los credos para que inspiren a los congresistas y sean retirados los números de la carpeta de las discusiones, substituyéndolos por los más puros ideales de amor y confraternidad, y declaren que el camino fué equivocado, y que se acepta, de la manera más solemne, que los derechos de todos los pueblos y de todos los hombres son iguales, y que sobre esas nuevas bases se renovará la convocatoria a las conferencias del desarme!

Alvaro Obregón.

LA INCONSCIENCIA DE LA HORA. 115

Un ambiente de inconsciencia invade el espíritu de los hombres y de los pueblos,

El vértigo de la fuerza atrofia las facultades mentales de los hombres y les hace perder la ruta por la que habían logrado encauzar sus actividades y que habían trazado con la experiencia de muchos siglos.

Los intereses materiales han levantado sus más altas tribunas, y es el eco de sus dictados el que trata de imponer sus doctrinas.

A la última tragaedia acudieron hombres de todas las latitudes de la tierra, de todos los idiomas y de todos los colores, quienes decían sumar su esfuerzo para conservar al mundo la libertad que intentaba arrancarle el militarismo de los países centrales, y así se realizó, en nombre de ideales abstractos, la inmolación de millones de seres humanos que, si bien es cierto, poseían distintos idiomas y tenían la tez ~~de distinto color~~ de distinto color, la sangre que todos ellos derramaron fué, en cambio, igualmente roja, e igualmente trágico el sello que la muerte dejó en sus rostros.

En esa lucha, los sacrificios fueron proporcionales a la potencialidad combativa de cada uno de los países arrastrados en la contienda, y se suponía que los derechos conquistados serían para todos. Sin embargo, cuando la tragedia hubo terminado, cuando apenas se disipaba el humo de la pólvora, cuando todos se preparaban a recoger el fruto del más grande sacrificio ofrecido por la humanidad en holocausto a sus empeños generosos, aparecieron los números subrayados sobre la carpeta de las discusiones, y el -

cálculo, frío y matemático, ahuyentó los ideales. Los más grandes estadistas de nuestra época no alcanzan a descubrir los medios de resolver el problema y desvanecer con su resolución el fantasma trágico que se perfila ~~xx~~ más allá de nuestro presente y al que una ley fatal nos acerca cada día.

Las conferencias de Washington hicieron nacer una esperanzaantes de que fueran conocidas todas las bases que se establecerían para las discusiones, pero esta esperanza viene apagándose con la rapidez de un crepúsculo, y dejando una sombra de desaliento y de dolor. La humanidad toda parece no darse cuenta de lo trágico de la hora. Hombres y pueblos, casi con indiferencia, contemplan hundirse su última esperanza, sin interponer ningún esfuerzo para evitar el naufragio, porque todos obedecen a sentimientos mezquinos.

Es seguro que los enemigos de los Estados Unidos, cediendo a sus egoístas pasiones, se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque ~~ellos se sienten halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque~~ ~~ellos se sienten halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque~~ creen que entrañan solamente un fracaso político para los Estados Unidos de Norteamérica. Quizé los enemigos del Japón se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington porque abrigan esperanzas de que un choque producido entre los Estados Unidos de Norteamérica y aquel país lejano, pudiera determinar la supremacía del primero sobre éste. - Quizé los enemigos de Francia se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, -

con la esperanza de que una guerra entre el Japón y los Estados Unidos reste a Francia uno de sus aliados más formidables. Quizá, igualmente, los enemigos de Inglaterra se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque sus intereses mezquinos encuentran en ellos una conveniencia. Y así, cada pueblo cuyo interés inmediato y particular pueda obtener algún provecho de ese fracaso, hará votos, indudablemente, porque éste se realice; lo cual explica que sean muchos los críticos que anuncian el fracaso de las conferencias de Washington, y que todavía no hayamos oído una sola voz que aconseje un remedio. Es necesario que todos los pueblos y todos los hombres se den cuenta de que el fracaso definitivo de las conferencias del desarme entraña el fracaso universal de muchas generaciones; que la chispa podrá encenderse entre dos países cualesquiera; pero que la conflagración tendrá que envolver y mezclar al mundo. Que los que ahora se regocijan por la perspectiva de un fracaso, que según sus criterios solamente ~~restaría~~ restaría personalidad a los Estados Unidos de Norteamérica, tendrían que lamentar el error demasiado tarde.

La hora exige que todos los hombres de buena fe aporten su contingente de luz para iluminar las conciencias oscurecidas y volver a los hombres y a los pueblos al punto de partida, al punto aquel donde se encontraban antes de extraviar su derrotero, para evitar que una nueva tragedia venga a ensombrecer, definitivamente, nuestro futuro, y a superar en pesimismo aquella denominación que hicie-

ron los primeros cristianos en llamar "valle de lágrimas" a lo que tendrían que denominar los que sobreviesen a la catástrofe: "valle de sangre y exterminio"

! Pensadores de todos los confines del mundo, - exigid a vuestros cerebros el contingente máximo de luz, y aportadlo noble y desinteresadamente, en esta hora ~~trágica~~ solemne que puede convertirse en trágica!

! Hijos, madres y esposas, juntad vuestras manos y alzadlas al infinito, evocando los manes de los apóstoles de todas las épocas y de todos los credos para que inspiren a los congresistas y sean retirados los números de la carpeta de las discusiones, substituyéndolos por los más puros ideales de amor y confraternidad, y declaren que el camino fue equivocado, y que se acepta, de la manera más solemne, que los derechos de todos los pueblos y de todos los hombres son iguales, y que sobre esas nuevas bases se renovará la convocatoria a las conferencias del desarme!

Alvaro Obregón.

LOS ERRORES DE LA GUERRA MUNDIAL

El Punto de Vista Militar

Por EL GRAL. ALVARO OBREGON

El señor Presidente de la República, general Alvaro Obregón, fue invitado hace algunas semanas para escribir sus opiniones sobre la guerra mundial (1914-1918) por una revista especializada de Londres: "The Fortnightly Review". El artículo del señor general Obregón fue publicado el día primero del actual, apareciendo asimismo en la revista madrileña "Nuestros Tiempos", en español. EL UNIVERSAL ha podido obtener una copia de los apuntes del señor Presidente de la República, y las insertamos en seguida:

"Los errores cometidos en la preparación y desarrollo de la guerra mundial, muy especialmente por los países centrales, tienen su origen en uno, fundamental, del cual se derivaron los demás, y éste consistió en que consideraron la guerra bajo su aspecto exclusivamente científico y la consideraron como una profesión, y la guerra no es sino un arte.

Los países centrales, militaristas por atavismo, estuvieron preparando a sus hombres en el terreno práctico, durante el prolongado período de paz que lograron disfrutar, hasta hacer de cada uno de ellos un militar de profesión que podía, en cualquier momento dado, explicar teórica y científicamente cómo se prepara y se desarrolla un combate, y a esto se debió que quisieran resolver todos los problemas que se les presentaron a la hora del conflicto con los conocimientos profesionales que habían adquirido; y encauzados así, dentro de una disciplina cuya rigidez a ninguno permitía el uso de su propia iniciativa, quedaron neutralizadas todas las grandes concepciones que han surgido siempre a la hora de las grandes catástrofes, y las pequeñas y las grandes unidades de combate se movían en forma impecable, como una gran máquina de guerra. Los jefes de las grandes unidades, en el desarrollo de sus operaciones, sujetaban todos sus movimientos a la táctica de su escuela: uno de los errores, que del error fundamental se derivó, consistió en aceptar, por parte de los países centrales, la guerra de trincheras, cuando éstos disponían de un ejército cuya organización técnica y teórica era impecable y que les permitía, por tanto, realizar con precisión todos los movimientos que se requieren para el desarrollo de una batalla campal, factores que no podían ser contrarrestados por la Entente de los aliados, porque carecían de ejércitos numerosos, con la preparación suficiente para desarrollar, con probabilidades de éxito, una sucesión de batallas campales, que no hubieran podido presentar. Es indudable que los países aliados contaban al estallar la guerra con un número abrumador de hombres con magníficas condiciones para hacer de ellos buenos soldados; pero carecían de preparación y de conocimiento para haber podido, en grandes unidades, realizar todas las operaciones requeridas en las batallas campales, en las que una sucesión de acontecimientos va determinando un constante cambio de disposiciones. En la guerra de trincheras, un recluta, que tenga un concepto elevado de lo que significa el honor de su patria, puede suplir a un soldado veterano, porque la acción se limita a un número muy reducido de problemas, cuya resolución no alcanza nunca las complicaciones que abarca una batalla.

Su segundo error consistió en vincular demasiado su amor propio con hechos de armas, pues en la guerra todo debe sacrificarse al éxito, y el caso de Verdún es una revelación elocuente del juicio anterior: más que una conveniencia militar de vencer y tomar aquella plaza para el sucesivo desarrollo de sus operaciones, su captura entrañaba una satisfacción a su amor propio, que se ha-

bía comprometido demasiado. Verdún pudo haber dejado de considerarse como un objetivo de primera fuerza y los elementos que sobre él se arrojaron debieron haber sido arrojados sobre París, y entonces se habrían neutralizado las ventajas que a los soldados de Verdún ofrecían las fortalezas de aquella plaza, porque habrían tenido que abandonarla para marchar a contrarrestar el movimiento que sobre el cerebro y el corazón de Francia realizaba el enemigo.

Cuando los países centrales establecieron su última trinchera y se encerraron dentro del perímetro de los territorios conquistados y de los propios de sus países respectivos, cavaron su tumba, pues ya el problema todo tenía, menos militar; el problema era de abastecimientos y transportes, y el territorio de donde tomaban sus recursos los aliados para combatirlos contaba con elementos superiores para resolver aquel problema; y ya no fueron grandes capitanes los que se necesitaron, sino grandes proveedores, cuyas facultades administrativas estuvieran en consonancia con las necesidades materiales de la lucha.

Los países aliados cometieron también el error de hacer una guerra científica y no desarrollaron ninguna táctica que significara una innovación en las establecidas teóricamente en la guerra moderna, y se limitaron a una táctica de resistencia, procurando contrarrestar, hasta donde sus elementos se lo permitían, los movimientos de los países centrales, hasta lograr circunscribirlos al circuito fijado por los ejércitos enemigos y seguir entonces en un verdadero pugilato, que no tenía más problema que el de los transportes y aprovisionamientos. Y determinó la guerra más grande que han presenciado los siglos, con un desenlace trágico-cómico, en que resultaron vencidos los ejércitos que obtuvieron más victorias.

La guerra es un arte y los grandes capitanes que ha tenido la tierra han roto todas las tácticas establecidas y con todos los preceptos de la teoría de la guerra y han debido sus éxitos a las concepciones de su propio genio. Los soldados profesionales conciben todos sus planes de acuerdo con la táctica que aprendieron, y, por lo general, antes de iniciar un combate, lo tienen planteado sobre bases teóricas, y éste es uno de los errores que más contribuyen al fracaso.

El arte de la guerra es tan complicado y abarca una diversidad tan variada de aspectos, que no podría, seguramente, sujetarse a reglas determinadas para su desarrollo. Uno de los factores que más frecuentemente contribuyen al éxito consiste en los errores del enemigo, y sobre esto nada podrá aprenderse en la teoría de la guerra y solamente pueden ser apreciados por una clara concepción militar, a la hora de los acontecimientos.

No es mi ánimo causar la impresión de que me siento con la suficiente autoridad para juzgar acontecimientos tan trascendentales y emitir opiniones sobre un arte tan complicado; pero algunos años de campaña, en que tomaron parte factores de distintas características, como ejércitos de línea o profesionales, regidos por conocimientos tácticos y técnicos impecables; núcleos militares improvisados, que no tenían más pauta que su propia iniciativa; una diversidad de unidades de combate, con componentes diversos, hicieron al suscrito asimilar una suma de experiencia que se siente obligado a exponer, con las salvedades de todos sus errores de apreciación; pero que contienen, seguramente, algunas apreciaciones dignas de tomarse en consideración y algunas enseñanzas que podrán servir a otros hombres.

Alvaro OBREGON

- - - - -

Los errores cometidos en la preparación y desarrollo de la guerra mundial, muy especialmente por los países centrales, tienen su origen en uno, fundamental, del cual se derivaron los demás, y éste consistió en que consideraron la guerra bajo su aspecto exclusivamente científico y la consideraron como una profesión y la guerra no es sino un arte.

Los países centrales, militaristas por atavismo, estuvieron preparando a sus hombres en el terreno práctico, durante el prolongado período de paz que lograron disfrutar, hasta hacer de cada uno de ellos un militar de profesión que podía, en cualquier momento dado, explicar teórica y científicamente cómo se prepara y se desarrolla un combate, y a esto se debió que quisieran resolver todos los problemas que se les presentaran a la hora del conflicto, con los conocimientos profesionales que habían adquirido; y encauzados así, dentro de una disciplina cuya rigidez a ninguno permitía el uso de su propia iniciativa, quedaron neutralizadas todas las grandes concepciones que han surgido siempre a la hora de las grandes catástrofes, y las pequeñas y las grandes unidades de combate se movían en forma impecable, como una gran máquina de guerra. Los jefes de las grandes unidades, en el desarrollo de sus operaciones, sujetaban todos sus movimientos a la táctica de su escuela: uno de los errores, que del error fundamental se derivó, consistió en aceptar, por parte de los países centrales, la guerra de trincheras, cuando éstos se disponían de un ejército, cuya organización técnica y teórica era impecable y que les permitía, por tanto, realizar con precisión todos los movimientos que se requieren para el desarrollo de una batalla campal, factores que no podían ser contrarrestados por la Entente de los aliados, porque carecían de ejércitos poderosos, con la preparación suficiente para desarrollar, con probabilidades de éxito, una sucesión de batallas campales, que no hubieran podido presentar. Es indudable que los países aliados contaban, al estallar la guerra, con un número abrumador de hombres con magníficas condiciones para hacer de ellos buenos soldados; pero carecían de preparación y de conocimiento para haber podido, en grandes unidades, realizar todas las operaciones

2.

requeridas en las batallas campales, en las que una sucesión de acontecimientos va determinando un constante cambio de disposiciones. En la guerra de trincheras, un recluta, que tenga ~~solo~~ un concepto elevado de lo que significa el honor de su patria, puede suplir a un soldado veterano, porque la acción se limita a un número muy reducido de problemas, cuya resolución no alcanza nunca las complicaciones que abarca una batalla.

Su segundo error consistió en vincular demasiado su amor propio con hechos de armas, pues en la guerra todo debe sacrificarse al éxito, y el caso Verdun es una revelación elocuente del juicio anterior: más que una conveniencia militar de vencer y tomar aquella plaza para el sucesivo desarrollo de sus operaciones, su captura entrañaba una satisfacción a su amor propio, que se había comprometido demasiado. Verdun pudo haber dejado de considerarse como un objetivo de primera fuerza y los elementos que sobre él se arrojaron, debieron haber sido arrojados sobre París, y entonces se habría neutralizado las ventajas que a los soldados de Verdun ofrecían las fortalezas de aquella plaza, porque habrían tenido que abandonarla para marchar a contrarrestar el movimiento que sobre el cerebro y el corazón de Francia realizaba el enemigo.

Cuando los países centrales establecieron su última trinchera y se encerraron dentro del perímetro de los territorios conquistados y de los propios de sus países respectivos, cavaron su tumba, pues ya el problema todo tenía, menos militar; el problema era de abastecimientos y transportes, y el territorio de donde tomaban sus recursos los aliados para combatirlos, contaba con elementos superiores para resolver aquel problema; y ya no fueron grandes capitanes los que se necesitaron, sino grandes proveedores, cuyas facultades administrativas estuvieran en consonancia con las necesidades materiales de la lucha.

Los países aliados cometieron también el error de hacer una guerra científica y no desarrollaron ninguna táctica que significara una innovación en las establecidas teóricamente en la guerra moderna, y se limitaron a una táctica de resistencia, procurando contrarrestar, hasta donde sus elementos se lo permitían, los movimientos de los países centrales, hasta lograr circunscribirlos al circuito fija

3.

do por los ejércitos enemigos y seguir entonces en un verdadero pugilato, que no tenía mas problema que el de los transportes y aprovisionamientos. Y determinó la guerra mas grande que han presenciado los siglos, con un desenlace trágico-cómico, en que resultaron vencidos los ejércitos que obtuvieron más victorias.

La guerra es un arte y los grandes Capitanes que ha tenido la tierra han roto todas las tácticas establecidas y con todos los preceptos de la teoría de la guerra y han debido sus éxitos a las concepciones de su propio genio. Los soldados profesionales conciben todos sus planes de acuerdo con la táctica que aprendieron y, por lo general, antes de iniciar un combate, lo tienen planteado sobre bases teóricas, y éste es uno de los errores que más contribuyen al fracaso.

El arte de la guerra es tan complicado y abarca una diversidad tan variada de aspectos, que no podría, seguramente, sujetarse a reglas determinadas para su desarrollo. Uno de los factores que más frecuentemente contribuyen al éxito, consiste en los errores del enemigo, y sobre esto nada ^{podría a} ~~podría~~ aprenderse en la teoría de la guerra y solamente pueden ser apreciados por una clara concepción militar, a la hora de los acontecimientos.

No es mi ánimo causar la impresión de que me siento con la suficiente autoridad para juzgar acontecimientos tan trascendentales y emitir opiniones sobre un arte tan complicado; pero algunos años de campaña, en que tomaron parte factores de distintas características, como ejércitos de línea o profesionales, regidos por conocimientos tácticos y técnicos impecables; núcleos de militares improvisados, que no tenían más pauta que su propia iniciativa; una diversidad de unidades de combate, con componentes diversos, hicieron al suscritor asimilar una suma de experiencia, que se siente obligado a exponer, con las salvedades de todos sus errores de apreciación; pero que contienen, seguramente, algunas apreciaciones dignas de tomarse en consideración y algunas enseñanzas que podrán servir a otros hombres.

125

Fortnightly Review

THE MILITARY PROBLEMS RAISED BY THE
WORLD-WAR

BY GENERAL ALVARO OBREGON,
President of the United States of Mexico

ONE day at the close of a long and arduous campaign I was asked by a number of pressmen to what special gifts or effort of mine or stroke of circumstance I would ascribe the sequence of my military successes. And this was my reply:—"To my having made fewer mistakes than the Generals on the other side and to my having profited more by theirs and by mine." This dictum, which I believe entirely covered my case, holds good, I feel convinced, of every successful military leader. For the errors committed in the conduct of a war being of their nature numerous, occasionally decisive and always impossible to foresee, the upshot of the struggle depends upon what they are, how quickly and thoroughly they are discerned and fructified and by which of the two contending army leaders. In other words, no campaign being free from serious miscalculations which lessen the maker's chances of victory, the ultimate advantage will lie with that side whose chief commits fewer, is quicker to perceive and correct them and readier to make the most of the blunders of his antagonists.

About the specific blunders to which the outcome of the world-war is mainly due much has been written by qualified and unqualified critics. Indeed the literature on the subject is already so vast and perplexing that it would be unfair to add to it without having something new and definite to communicate as well as the needful credentials to entitle one to a hearing. The knowledge that in my case both these conditions are fulfilled emboldens me to put briefly upon record some results of my observations in the hope that they may prove suggestive and helpful.

I can state as a mere matter of fact and without a tinge of self-complacency that two hard-fought campaigns, one

of several years' duration, have made me closely acquainted with warfare in all its essential aspects and within a wide range of conditions to which numerous factors contributed. Thus I have had to deal with armies of professional soldiers in the field—men duly taught, carefully trained, organised according to traditional methods, well versed in tactics and officered by first-class technicians who conducted their operations congruously with the "rules of war." Cheek by jowl with these were nuclei of improvised warriors with no better guide than their own untutored initiative. To those must be added a variety of units of combat, each of them a perfect mosaic of heterogeneous elements. Moreover, constantly we were face to face with a number of incalculable influences which called for the immediate exercise of all one's vigilance and resourcefulness. Those elements and others, now combining, now disuniting, generated all conceivable kinds of problems which had to be solved on the spur of the moment under severe pains and penalties. It was while I was undergoing this test that I succeeded in acquiring and storing up a considerable fund of experience which, I venture to think, qualifies me to offer an opinion on one of the most far-reaching problems to which the world-war has imparted actuality.

If one were to catalogue, classify and analyse the recognised military errors into which the belligerents fell from the opening of hostilities in August, 1914, down to the Armistice in November, 1918, it would not be difficult to trace them all to one and the same source—a fundamental misconception of the nature of war. That original sin, as one may aptly term it, which vitiated so many subsequent operations, consisted in the fact that a military campaign as a subject of study was defined and taught as a science, whereas in reality it is neither more nor less than an art. Nowadays even departments of unsystematic human knowledge, conjecture and skill are dignified with the title of science, although they obviously lack all its attributes, and most of their adepts assume the title of professors. Such is the fashion of the day. The Central Empires—Germany in particular—militarist by heredity, were the origi-

nators of this innovation, dubbing war a science and having it taught in military academies as such. The other Powers followed suit unhesitatingly. Now this, I hold, is the most fatal error into which military men have fallen since the days of Hannibal and Julius Cæsar. Curiously enough, even the experience of the Great War has not yet torn the scales from their eyes and revealed to them their amazing misconception.

During the long period of peace that preceded the outbreak of hostilities in 1914, the Militarist Empires, and therefore all the prospective belligerents, put their officers and men through a course of thorough preparation in the domain of theory, which was, so to say, standardised and from which it would have been deemed worse than a heresy to swerve. At first the results promised to be satisfactory: every adept became a professional expert capable at any given moment of explaining theoretically and "scientifically" how a battle should be planned and along what lines it should be developed and worked out to a victorious end. All the problems to which a campaign could conceivably give rise were foreseen, analysed and definitively solved in accordance with the new science, the sphere of unforeseen circumstances and the *rôle* of genial leadership being virtually eliminated. Every aspect of warfare was approached and dealt with in the light of the theoretic principles and attainments set forth in the various "scientific" treatises. There were no unsolved problems, no submarine rocks or quicksands to be steered clear of: it was all plain sailing.

The course of a military graduate was thus shaped once for all within the limits of a discipline so rigid that it left no room for individual judgment or personal initiative. All that was needed on his part was ability to classify an occurrence and apply to it the governing principle which had been laid down by his professors. For the problems of war were methodically codified, and the judge had but to apply the proper theory to the concrete case. All the grandiose conceptions which are wont to be generated in the hour of great catastrophes when the imagination, fired by the sight of disaster and the vision of triumph, is raised

to its highest power, are repressed as irrelevant asides so as to allow the great and the lesser units of combat to move in faultless form and predestined order as parts of the mighty war machine. The chiefs of the greater units deploy their forces and execute their operations, just as do their subordinates, subject to the tactics of the school. They have no choice, no discretion. Their task is to apply the proper scientific principle to the actual problem and leave the rest to fate or providence.

Now I venture to contend that for those who conduct a campaign these rules and precepts are but absurd clogs and hindrances which remind one of the mediæval poems written in the shape of a bottle or a rose or without employing this or that letter of the alphabet. It cannot be too often repeated: war is an art, and the world's few great captains who ventured to treat it as such broke with all the established tactics of their day and with all the traditional precepts of the theories then in vogue. One and all they owed success to the spontaneous conceptions of their own genius. The Generals of 1914-1918 owe their failure to the lack or suppression of such conceptions. Professional soldiers who graduate in military academies weave all their plans in harmony with the dogmas and the tactics which they learned there, and, generally speaking, before beginning a battle, they have it already planned out on a theoretical basis. And that is one of the mistakes which most materially contribute to failure. It is as though a surgeon should put a leg in plaster of Paris before he knows which bone or bones are broken.

The art of war is so complex and embraces such a vast variety of aspects that it would be a sheer impossibility to reduce its exercise to fixed rules. Among the factors which most frequently contribute to success are the enemy's mistakes and their possible consequences, and about these the theory of war can teach the student nothing; they can be discerned for what they are only by a sharp military intellect and can be fructified only at the moment they are committed.

Psychological factors, too, play a considerable part in military successes. Even details which by their nature

ought, one would think, to be indifferent are often highly influential, such as the name and antecedents of a commander, the prestige of a regiment, its former achievements, its traditions, etc., etc. The mere presence, actual or supposed, of Julius Cæsar or Frederic the Great, for instance, or of any great and popular commander, was of itself at times sufficient to turn the tide of battle. The sudden arrival of a famous regiment in the field, even before it could effect any operation whatever, has also been known to bring victory in its train. And respecting none of these or analogous elements can anything be learned in the sphere of theory, however comprehensive it may be.

Again, to choose the fit moment for each action while laying due stress on the principal aim of the campaign is of the essence of success, and this kind of skill cannot be taught by any science or scientific theory. But the precious gifts which it presupposes and which are inborn can be neutralised by preconceived pseudo-scientific notions and likewise by sentiment, which is equally irrelevant and baleful. The Verdun episode, an incarnation of fatuous *amour-propre*, is an instructive case in point. To attack and capture that stronghold would undoubtedly have been a feather in the cap of the German commander. That and little else. The price to be paid for it in men and time was demonstrably out of all proportion to its military value. In last analysis it was less a military move requisite for the proper development of essential operations than a source of balm for wounded self-love. Verdun ought never to have been treated as an objective of the first order. At best it was but a brilliant *tour de force* not to be attempted without the moral certainty of success. The forces which were hurled against those fortresses and lost to the general campaign should have been launched against Paris. This move would have neutralised the disadvantages which the Verdun fortresses offered to the attacking soldiers, for the French would have been obliged to hasten to counteract the assault which was being directed against the brain and the heart of France. These are elementary principles which can be and are taught in academies, and for that reason one is

amazed that the "scientific" school should have completely overlooked them.

The currency of the dogma that war is a science which can be taught in all its aspects is answerable for quite a number of concrete errors into which the leaders of the belligerent armies fell. The most amazing of these was perpetrated by the German commander when he unnecessarily and suicidally adopted trench warfare. At the moment when this portentous substitution was effected the Central Powers disposed of an army whose technique and training were, so to say, perfect, and which consequently fitted them to carry out with precision all the manoeuvres necessary to the delivery of a pitched battle. Yet that battle they eschewed. That, to my thinking, was the most fatal blunder committed in the conduct of the campaign, for it neutralised forthwith all the advantages—and they were many—which the Teutonic armies enjoyed over their enemies. It can now be shown that there was no adequate motive for thus abandoning the tactics followed theretofore. The forces of the Central Empires were at the time quite equal to the task before them. All they had to do was to continue their operations without shrinking even from pitched battles. What they should not under any circumstances have done was to equalise conditions or forgo the special advantages which they enjoyed over their antagonists. And that is precisely what they did. In the art of war and in the development of the campaign, despite their fundamental misconception, they were undoubtedly superior to the Allies. And this superiority they voluntarily forfeited for no advantage actual or prospective.

(?)

The moment the armies of the Central Empires hollowed out their last trench and shut themselves up within the zone of the conquered territories one may fairly say that they dug their own graves. For the problem which thenceforward faced them was anything and everything but military. It became mainly a matter of supplies and transport. And in organising these the Allies had the advantage. For the territory was their own, their sources of supplies were at hand, and they were far better

129

equipped than their enemy with all the elements indispensable to the satisfactory solution of those all-important problems. Thenceforward strategy was wholly eliminated and the war ceased to bear the remotest resemblance to a science. It became a sequence of purely mechanical problems. At the same time and for a like reason the need for the leadership of resourceful generals vanished and resourceful caterers for vast multitudes became indispensable, men whose administrative faculties corresponded to the material requirements of the struggle.

But the Allies were no more immune from error than their opponents. They followed the example of these and began by waging warfare "scientifically." In vain one scans the history of their movements for military evolutions that connote a happy innovation in the cut-and-dried theories of the academies or a great stroke which revealed a master-genuis. They simply settled down to the *rôle* imposed upon them by their short-sighted enemies, confined themselves to tactics of resistance, and thus helped to protract the sanguinary duel indefinitely. Nothing more pitiful than this is to be encountered in the annals of modern warfare. All they deliberately attempted from the outset of the struggle was to thwart as far as their forces permitted the movements of the hostile armies, until these cooped themselves up within the bounds already fixed by themselves. Thereupon the Allies inaugurated a pugilistic bout of which the upshot depended, as I have said, chiefly upon transport and supplies. Thus the greatest war recorded in human history came to a tragi-comic ending in which the armies that were finally beaten were those that had scored most victories.

Now the taproot of that practical paradox was the fallacy that war is a science. And this fallacy still holds the field. The circumstance that various sciences minister to the art of war, as they admittedly do to various other arts, lends colour to the assertion. But one has only to analyse the *rôle* of leadership and to study without prejudice any campaign, ancient or modern, in order to realise that the essence of war lies beyond the region of science and can

be comprehended in no theory, can be taught in no academy. Leadership in its highest form is a direct outcome of inborn gifts which may indeed be sharpened and developed by study and experience, but cannot be acquired.

Hence to discard the momentous principle of individual responsibility and all that that implies is to court defeat. And one correlate of such responsibility is absolute discretion—discretion warranting action which may run counter to every preconceived theory of war and other abstract “scientific” consideration. And for such far-reaching discretion there was no place in the academic theories adopted by the Central Empires. Their military leaders set out with a stock-in-trade of ideas which was undoubtedly considerable and useful and which they deemed to be also all-sufficient and infallible. This reliance upon the infallibility of “science” necessarily checked the free play of individual judgment, barred the light produced by outward circumstances, and gave the final victory to their defeated enemies. The upshot of the struggle reminds one of the physicians limned by Molière, whose operations and treatment of diseases were, of course, absolutely “scientific,” but whose patients were unhappily wont to die just when they ought to be leaving their beds safe and sound and grateful.

(?)

1924.

El desarrollo y la vida de los hombres y de los pueblos, - se desenvuélve dentro de una sucesión de fenómenos que revisten idénticos aspectos, y la única diferencia fundamental que entre ambos existe, radica en el tiempo que se toman para su desenvolvimiento, pues éste siempre guarda una relación directa con su vida; y si en la vida de un hombre una década determina una influencia considerable, en la vida de los pueblos, la influencia de un siglo es apenas perceptible.

Los pueblos que no son sino conjunto de hombres, organizados dentro de pautas o fórmulas establecidas por ellos mismos, - para armonizar la vida común, se rigen por las mismas fuerzas - que los hombres - fuerzas mentales, espirituales y materiales, - cuyo perfecto equilibrio abarca el secreto de sus funciones normales.

Los pueblos y los hombres tienen su idiosincracia étnica, - que la integran las características tradicionales, que pueden - considerarse innatas, porque al surgir de la vida, las recogen como herencia y en el desarrollo de su infancia, se las consolidan sus mayores, en la práctica de la vida; pero a los hombres, lo mismo que a los pueblos, se adaptan, en el curso de su vida, cualidades y defectos, que bien pueden denominarse circunstancias o condiciones en que el destino los va colocando.

Cuando en el desarrollo de un pueblo se interrumpe el equilibrio de las fuerzas que lo rigen, se rompe la armonía de su acción y se perfilan, entonces, con proporciones desiguales, -- las acciones que de ellas se derivan.

Hasta los días que vivimos, la historia nos cita una serie de ejemplos de pueblos que, alcanzaron una era preponderante sobre los demás, mientras conservaron el equilibrio de las fuerzas

radiadoras de su armónico desarrollo; y que aquella preponderancia y aquella grandeza, se desvanecieron cuando ese equilibrio fué interrumpido y quisieron usarse, sin ninguna proporción ni armonía, las potencias que deben regir a una sociedad, que son: la mental, la espiritual y la material.

Los pueblos que llegan a un estado determinado de desarrollo y que empiezan a dar preferente atención a sus fuerzas materiales, se suicidan, porque interrumpen el equilibrio que debe regir a la humanidad y desde entonces empiezan a confiar a la fuerza material muchos problemas, cuya resolución corresponde a los factores mentales y espirituales; y este error, tan común en los hombres y en los pueblos, es el que ha dejado huellas más hondas en el corazón de la humanidad, porque las diferencias por él establecidas, han tenido siempre que saldarse con sangre. Cuando se empieza a dar preferencia a la fuerza material, en la resolución de todos los problemas, se subordinan, de hecho, a ella, -- las potencias espirituales y un lógico atrofiamiento las invade. Y el fenómeno, en su desarrollo, va adquiriendo cada día mayores proporciones, estableciendo mayores desproporciones entre ellas.

El segundo error que cometen los pueblos que han desviado su ruta, por los fenómenos de que habla el párrafo anterior, consiste en suponer definitivas las resoluciones que la fuerza material dicta sobre los problemas que a su consideración se cometen.

La fuerza material, cuando adquiere una marcada supremacía sobre las demás fuerzas, desarrolla en los hombres o en los pueblos un nuevo sentido, que tiene su origen en el atrofiamiento de todos los demás, y éste se llama "el sentido del despotismo", que marca, con un sello inconfundible, todos los actos de quien le ha confiado su timón.

Los errores de los despotas en sus relaciones con los demás,

han arrancado el mayor tributo de lágrimas y sangre a la humanidad, porque encomiendan a la fuerza material la resolución de sus controversias, en lugar de encomendarla a su inteligencia y a su corazón. Uno de los errores menos explicables y que más comúnmente cometen los déspotas, es el de considerar que cada pueblo débil que se humilla es un problema que se resuelve; que cada pueblo que se arrodilla, significa un laurel que se conquista.

Cada pueblo humillado por la fuerza bruta, significa una interrogación que se coloca sobre lo porvenir, porque la postura es demasiado incómoda para que se resignen y la acepten como definitiva y sí la adoptan, transitoriamente, porque su instinto de conservación se los aconseja; y el período de su duración abarca la fecha en que se les infligió la humillación y la fecha en que se presenta la primera oportunidad para ejercitar el desagravio. Los pueblos déspotas, al pasar revista a los débiles, creen que cuentan como enemigos suyos a aquellos que todavía se conservan de pie y les brindan su mano y con ella su amistad, y el problema lo dejan planteado al revés. Los déspotas, para contar sus enemigos, no tienen más trabajo que contar los pueblos por ellos-humillados; y a este error, que solamente puede padecer el que ha dejado atrofiadas sus facultades mentales, para regirse por la fuerza bruta, a este error han debido su derrumbamiento los más grandes poderes de la tierra, porque en su afán de mutilar libertades y derechos, han llevado su osadía más allá de los límites de su propia fuerza; y ha llegado el momento en que los arrodillados se pasan revista y se dan cuenta de que su número supera muchas veces al de sus arrodilladores, y una acción instintiva los conjura contra sus verdugos y convierten en éxito suyo los errores del despotismo.

Hasta hoy, se ha encerrado en cielos matemáticos la historia

de los pueblos, que llegaron a un máximo poderío, de acuerdo con la trayectoria que marcan los capítulos anteriores; y los síntomas que se experimentan en los tiempos presentes, no engendran siquiera una esperanza de que se busque otro camino.

Los países centrales, procuraron vigorizar considerablemente sus fuerzas materiales y crearon lo que se llamó "el militarismo prusiano". Otros grandes pueblos, que disputaban la supremacía a los países centrales, sintieron miedo de aquella fuerza, y, para destruirla, tuvieron que crear otra superior, y ésta queda en -- pié, ¿quién podrá destruirla? Solamente el tiempo, que se aliará a sus propios errores; pero sin que los métodos varíen, y siguiendo esa macabra trayectoria que han seguido todos los despotismos.

¿Hasta cuándo la humanidad recogerá las enseñanzas de su pasado? ¿Hasta cuándo los hombres interpretarán la misión que les corresponde sobre la tierra? ¿Hasta cuándo surgirán las nuevas -- doctrinas, dictadas por la amarga experiencia del pasado? ¿Quién sabe!

El mundo sufre en la actualidad el desfalco moral y mental -- más grande que registra su historia. La fuerza material ha tomado tanta preponderancia, que las otras desarrollan su acción en forma casi imperceptible.

El desfalco moral y mental que padece la humanidad actualmente, ha revelado su magnitud en la última guerra mundial: en ese -- drama tomaron parte una veintena de pueblos, que estaban considerados como de los pueblos más avanzados del orbe. Cuatro fueron -- los hombres que prepararon la guerra y que vienen de la pasada generación; cuatro fueron los hombres que la dirigieron y cuatro -- los que le pusieron fin. Los países de la contienda sacrificaron, en holocausto a la fuerza bruta, el veinticinco por ciento de los hombres más vigorosos de la presente generación; consumieron sus-

reservas económicas y contrajeron deudas, que apenas podrán cubrir en un siglo de sacrificios; destruyeron una considerable parte de su adelanto material y no llegaron a ninguna finalidad; ningún hombre nuevo surgió de aquella tragedia, ningún hombre demostró un cerebro y una voluntad superiores; y es el primer caso en que el fracaso no reporta responsabilidades para los que lo conquistaron, y con ellos, los fracasados, los que siguen con el timón de la nave y sin que descubran aún el puerto hospitalario donde puedan anclarla con facilidad.

Algunos de los hombres a que me refiero, no actúan materialmente en la dirección de la política universal; pero sigue su influencia rigiendo los destinos de aquel haz de pueblos que tomaron parte en la conflagración.

¡Ningún sacrificio más estéril: todo lo consumió, sin producir nada! Actuaron más de veinte millones de hombres en la contienda, y ninguno rebasó los límites de la órbita que se le confió, como actor en la tragedia.

LOS ERRORES DE LOS FUERTES.

- - - - -

El desarrollo y la vida de los hombres y de los pueblos, se desenvuelve dentro de una sucesión de fenómenos que revisten idénticos aspectos, y la única diferencia fundamental que entre ambos existe, radica en el tiempo que se toman para su desenvolvimiento, pues éste siempre guarda una relación directa con su vida; y si en la vida de un hombre una década determina una influencia considerable, en la vida de los pueblos, la influencia de un siglo es apenas perceptible.

Los pueblos que no son sino conjunto de hombres, organizados dentro de pautas o fórmulas establecidas por ellos mismos, para armonizar la vida común, se rigen por las mismas fuerzas que los hombres - fuerzas mentales, espirituales y materiales, - cuyo perfecto equilibrio abarca el secreto de sus funciones normales.

Los hombres y los pueblos tienen su idiosincracia étnica, que la integran las características tradicionales, que pueden considerarse innatas, porque al surgir de la vida, las recogen como herencia y en el desarrollo de su infancia, se las consolidan sus mayores, en la práctica de la vida; pero a los hombres, lo mismo que a los pueblos, se adaptan, en el curso de su vida, cualidades y defectos, que bien pueden denominarse circunstancias o condiciones en que el destino los va coblocando.

Cuando en el desarrollo de un pueblo se interrumpe el equilibrio de las fuerzas que lo rigen, se rompe la armonía de su acción y se perfilan, entonces, con proporciones desiguales, las acciones que de ellas se derivan.

Hasta los días que vivimos, la historia nos cita una serie de ejemplos de pueblos que, alcanzaron una era preponderante sobre los demás, mientras conservaron el equilibrio de las fuerzas radiadoras de su armónico desarrollo; y que aquella preponderancia y aquella grandeza, se desvanecieron cuando ese equilibrio fué interrumpido y quisieron usarse, sin ninguna proporción ni armonía, las potencias que deben regir a una sociedad, que son: la mental, la espiritual y la material.

Los pueblos que llegan a un estado determinado de desarrollo y que empiezan a dar preferente atención a sus fuerzas materiales, se suicidan, porque interrumpen

2.

el equilibrio que debe regir a la humanidad y desde entonces empiezan a confiar a la fuerza material muchos problemas, cuya resolución corresponde a los factores mentales y espirituales; y este error, tan común en los hombres y en los pueblos, es el que ha dejado huellas más hondas en el corazón de la humanidad, porque las diferencias por él establecidas, han tenido siempre que saldarse con sangre. Cuando se empieza a dar preferencia a la fuerza material, en la resolución de todos los problemas, se subordinan, de hecho, a ella, las potencias espirituales y un lógico atrofiamiento las invade. Y el fenómeno, en su desarrollo, va adquiriendo cada día mayores proporciones, estableciendo mayores desproporciones entre ellas.

El segundo error que cometen los pueblos que han desviado su ruta, por los fenómenos de que habla el párrafo anterior, consiste en suponer definitivas las resoluciones que la fuerza material dicta sobre los problemas que a su consideración se someten.

La fuerza material, cuando adquiere una marcada supremacía sobre las demás fuerzas, desarrolla en los hombres o en los pueblos un nuevo sentido, que tiene su origen en el atrofiamiento de todos los demás, y éste se llama "el sentido del despotismo", que marca, con un sello inconfundible, todos los actos de que quien le ha confiado su timón.

Los errores de los déspotas en sus relaciones con los demás, ha^m arrancado el mayor tributo de lágrimas y sangre a la humanidad, porque encomiendan a la fuerza material la resolución de sus controversias, en lugar de encomendarla a su inteligencia y a su corazón. Uno de los errores menos explicable y que mas comunmente cometen los déspotas, es el de considerar que cada pueblo débil que se humilla es un problema que se resuelve; que cada pueblo que se arrodilla, significa un laurel que se conquista.

Cada pueblo humillado por la fuerza bruta, significa una interrogación que se coloca sobre lo porvenir, porque la postura es demasiado incómoda para que se resignen y la acepten como definitiva y sí la adoptan, transitoriamente, porque su instinto de conservación se los aconseja; y el período de su duración abarca la fecha

3.

en que se les infligió la humillación y la fecha en que se presenta la primera oportunidad para ejercitar el desagravio. Los pueblos déspotas, al pasar revista a los débiles, creen que cuentan solo como enemigos suyos a aquellos a aquellos que todavía se conservan de pié y les brindan su mano y con ella su amistad, y el problema lo dejan planteado al revés. Los déspotas, para contar sus enemigos, no tienen más trabajo que contar los pueblos por ellos humillados; y a este error, que solamente puede padecerlo el que ha dejado atrofiadas sus facultades mentales, para regirse por la fuerza bruta, a este error han debido su derrumbamiento los más grandes poderes de la tierra, porque en su afán de mutilar libertades y derechos, han llevado su osadía más allá de los límites de su propia fuerza; y ha llegado el momento en que los arrodillados se pasan revista y se dan cuenta de que su número supera muchas veces al de sus arrodilladores, y una acción instintiva los conjura contra sus verdugos y convierten en éxito suyo los errores del despotismo.

Hasta hoy, se ha encerrado en cielos matemáticos la historia de los pueblos, - que llegaron a un máximo poderío, de acuerdo con la trayectoria que marcan los capítulos anteriores; y los síntomas que se experimentan en los tiempos presentes, no engendran siquiera una esperanza de que se busque otro camino.

Los países centrales, procuraron vigorizar considerablemente sus fuerzas materiales y crearon lo que se llamó "el militarismo prusiano". Otros grandes pueblos, que disputaban la supremacía a los países centrales, sintieron miedo de aquella fuerza y, para destruirla, tuvieron que crear otra superior, y ésta queda en pié, ¿quién podrá destruirla? Solamente el tiempo, que se aliara a sus propios errores; pero sin que los métodos varíen, y siguiendo esa macabra trayectoria que han seguido todos los despotismos.

¿Hasta cuándo la humanidad recogerá las enseñanzas de su pasado? ¿Hasta cuándo los hombres interpretarán la misión que les corresponde sobre la tierra? ¿Hasta cuándo surgirán las nuevas doctrinas, dictadas por la amarga experiencia del pasado? ¿Quién sabe!

El mundo sufre en la actualidad el desfalte moral y mental más grande que registra su historia. La fuerza material ha tomado tanta preponderancia, que las otras

desarrollan su acción en forma casi imperceptible.

El desfase moral y mental que padece la humanidad actualmente, ha revelado su magnitud en la última guerra mundial: en ese drama tomaron parte una veintena de pueblos, que estaban considerados como de los pueblos más avanzados del orbe. Cuatro fueron los hombres que prepararon la guerra y que vienen de la pasada generación; cuatro fueron los hombres que la dirigieron y cuatro los que le pusieron fin. Los países de la contienda sacrificaron, en holocausto a la fuerza bruta, el veinticinco por ciento de los hombres más vigorosos de la presente generación; consumieron sus reservas económicas y contrajeron deudas, que apenas podrán cubrir en un siglo de sacrificios; destruyeron una considerable parte de su adelanto material y no llegaron a ninguna finalidad; ningún hombre nuevo surgió de aquella tragedia, - ningún hombre demostró un cerebro y una voluntad superiores; y es el primer caso en que el fracaso no reporta responsabilidades para los que lo conquistaron, y con ellos, los fracasados, los que siguen con el timón de la nave y sin que descubran aún el puerto hospitalario donde puedan anclarla con felicidad.

Algunos de los hombres a que me refiero, no actuaron materialmente en la dirección de la política universal; pero sigue su influencia rigiendo los destinos de aquel haz de pueblos que tomaron parte en la conflagración.

¡Ningún sacrificio más estéril: todo lo consumió, sin producir nada! Actuaron más de veinte millones de hombres en la contienda, y ninguno rebasó los límites de la órbita que se le confió, como actor en la tragedia.

LOS ERRORES DE LOS FUERTES.

El desarrollo y la vida de los hombres y de los pueblos, - se desenvuelve dentro de una sucesión de fenómenos que revisten idénticos aspectos, y la única diferencia fundamental que entre ambos existe, radica en el tiempo que se toman para su desenvolvimiento, pues éste siempre guarda una relación directa con su vida; y si en la vida de un hombre una década determina una influencia considerable, en la vida de los pueblos, la influencia de un siglo es apenas perceptible.

Los pueblos que no son sino conjunto de hombres, organizados dentro de pautas o fórmulas establecidas por ellos mismos, - para armonizar la vida común, se rigen por las mismas fuerzas - que los hombres - fuerzas mentales, espirituales y materiales, -- cuyo perfecto equilibrio abarca el secreto de sus funciones normales.

Los pueblos y los hombres tienen su idiosincrasia étnica, - que la integran las características tradicionales, que pueden - considerarse innatas, porque al surgir ~~en~~ la vida, las reconocen como herencia y en el desarrollo de su infancia, se las consolidan sus mayores, en la práctica de la vida; pero ~~en~~ los hombres, lo mismo que ~~en~~ los pueblos, se adaptan, en el curso de su vida, cualidades y defectos, que bien pueden denominarse circunstancias ^{les por las} ~~e~~ condiciones en que el destino los va colocando.

Cuando en el desarrollo de un pueblo se interrumpe el equilibrio de las fuerzas que lo rigen, se rompe la armonía de su acción y se perfilan, entonces, con proporciones desiguales, -- las acciones que de ellas se derivan.

Hasta los días que vivimos, la historia nos cita una serie de ejemplos de pueblos que, alcanzaron una era preponderante sobre los demás, mientras conservaron el equilibrio de las fuerzas

radiadoras de su armónico desarrollo; y que aquella preponderancia y aquella grandeza, se desvanecieron cuando ese equilibrio - fué interrumpido y quisieron usarse, sin ninguna proporción ni armonía, las potencias que deben regir a una sociedad, que son: - la mental, la espiritual y la material.

Los pueblos que llegan a un estado determinado de desarrollo y que empiezan a dar preferente atención a sus fuerzas materiales, se suicidan, porque interrumpen el equilibrio que debe regir a la humanidad y desde entonces empiezan a confiar a la fuerza material muchos problemas, cuya resolución corresponde a los factores mentales y espirituales; y este error, tan común en los hombres y en los pueblos, es el que ha dejado huellas más hondas en el corazón de la humanidad, porque las diferencias por él establecidas, han tenido siempre que saldarse con sangre. Cuando se empieza a dar preferencia a la fuerza material, en la resolución de todos los problemas, se subordinan, de hecho, a ella, -- las potencias espirituales y un lógico atrofiamiento las invade. Y el fenómeno, en su desarrollo, va adquiriendo cada día mayores proporciones, estableciendo mayores desproporciones entre ellas.

El segundo error que cometen los pueblos que han desviado su ruta, por los fenómenos de que habla el párrafo anterior, consiste en suponer definitivas las resoluciones que la fuerza material dicta sobre los problemas que a su consideración se someten.

La fuerza material, cuando adquiere una marcada supremacía sobre las demás fuerzas, desarrolla en los hombres o en los pueblos un nuevo sentido, que tiene su origen en el atrofiamiento de todos los demás, y éste se llama "el sentido del despotismo", que marca, con un sello inconfundible, todos los actos de quien le ha confiado su timón.

Los errores de los despotas en sus relaciones con los demás,

han arrancado el mayor tributo de lágrimas y sangre a la humanidad, porque encomiendan a la fuerza material la resolución de sus controversias, en lugar de encomendarla a su inteligencia y a su corazón. Uno de los errores menos explicables y que más comunmente cometen los déspotas, es el de considerar que cada pueblo débil que se humilla es un problema que se resuelve; que cada pueblo que se arrodilla, significa un laurel que se conquista.

Cada pueblo humillado por la fuerza bruta, significa una interrogación que se coloca sobre lo porvenir, porque la postura es demasiado incómoda para que se resignen y la acepten como definitiva y si la adoptan, transitoriamente, porque su instinto de conservación se los aconseja; y el período de su duración abarca la fecha en que se les inflingió la humillación y la fecha en que se presenta la primera oportunidad para ejercitar el desagravio. Los pueblos déspotas, al pasar revista a los débiles, creen que cuentan sólo como enemigos suyos a aquellos que todavía se conservan de pie y les brindan su mano y con ella su amistad, y el problema lo dejan planteado al revés. Los déspotas, para contar sus enemigos, no tienen más trabajo que contar los pueblos por ellos-humillados; y a este error, que solamente puede padecer el que ha dejado atrofiadas sus facultades mentales, para regirse por la fuerza bruta, a este error han debido su derrumbamiento los más grandes poderes de la tierra, porque en su afán de mutilar libertades y derechos, han llevado su osadía más allá de los límites de su propia fuerza; y ha llegado el momento en que los arrodillados se pasan revista y se dan cuenta de que su número supera muchas veces al de sus arrodilladores, y una acción instintiva los conjura contra sus verdugos y convierten en éxito suyo los errores del despotismo.

Hasta hoy, se ha encerrado en ciclos matemáticos la historia

de los pueblos, que llegaron a un máximo poderío, de acuerdo con la trayectoria que marcan los capítulos anteriores; y los síntomas que se experimentan en los tiempos presentes, no engendran siquiera una esperanza de que se busque otro camino.

Los países centrales, procuraron vigorizar considerablemente sus fuerzas materiales y crearon lo que se llamó "el militarismo prusiano". Otros grandes pueblos, que disputaban la supremacía a los países centrales, sintieron miedo de aquella fuerza, y, para destruirla, tuvieron que crear otra superior, y ésta queda en -- pie, ¿quién podrá destruirla? Solamente el tiempo, que se aliará a sus propios errores; pero sin que los métodos varíen, y siguiendo esa macabra trayectoria que han seguido todos los despotismos.

¿Hasta cuándo la humanidad recogerá las enseñanzas de su pasado? ¿Hasta cuándo los hombres interpretarán la misión que les -- corresponde sobre la tierra? ¿Hasta cuándo surgirán las nuevas -- doctrinas, dictadas por la amarga experiencia del pasado? ¿Quién sabe!

El mundo sufre en la actualidad el desfalco moral y mental -- más grande que registra su historia. La fuerza material ha tomado tanta preponderancia, que las otras desarrollan su acción en forma casi imperceptible.

El desfalco moral y mental que padece la humanidad actualmente, ha revelado su magnitud en la última guerra mundial: en ese -- drama tomaron parte una veintena de pueblos, que estaban considerados como de los pueblos más avanzados del orbe. Cuatro fueron -- los hombres que prepararon la guerra y que vienen de la pasada generación; cuatro fueron los hombres que la dirigieron y cuatro -- los que le pusieron fin. Los países de la contienda sacrificaron, en holocausto a la fuerza bruta, el veinticinco por ciento de los hombres más vigorosos de la presente generación; consumieron sus-

reservas económicas y contrajeron deudas, que apenas podrán cubrir en ^{varios} ~~un~~ siglo de sacrificios; destruyeron una considerable parte de su adelanto material y no llegaron a ninguna finalidad; ningún hombre nuevo surgió de aquella tragedia, ningún hombre demostró un cerebro y una voluntad superiores; y es el primer caso en que el fracaso no reporta responsabilidades para los que lo conquistan, y ^{con} ellos, los fracasados, los que siguen con el timón de la nave y sin que descubran aún el puerto hospitalario donde puedan anclarla con facilidad. *felicidad*

Algunos de los hombres a que me refiero, no actúan materialmente en la dirección de la política universal; pero sigue su influencia rigiendo los destinos de aquel haz de pueblos que tomaron parte en la conflagración.

¡Ningún sacrificio más estéril: todo lo consumió, sin producir nada! Actuaron más de veinte millones de hombres en la contienda, y ninguno rebasó los límites de la órbita que se le confió, - como actor en la tragedia.

145

T r a n s l a t i o n .

THE ERRORS OF THE POWERFUL.

The development and life of men and peoples unfold themselves within a succession of phenomena which re-vest identical appearances, and the sole fundamental difference existing between both of them, lies in the time they take for their development, because the latter always keeps a direct connection with their life; and if in the life of a man a decade determines a considerable influence, in the life of a people the influence of a century is scarcely perceptible.

The peoples that are but an aggregate of men, organized within rules or formulas established by themselves, in order to place in harmony the life between themselves, are ruled by the same forces that rule men — mental forces — spiritual and material, the perfect equilibrium of which embraces the secret of its normal functions.

Men and peoples have their ethnic idiosyncrasy, which is integrated by the traditional characteristics that may be considered as innate, because on springing from life, they gather them as an inheritance and in the development of their infancy, they are consolidated by their elders, in the practice of life; but in regard to men as well as to peoples, are adapted in the course of their life, qualities and defects that may be called circumstances ^{by the} ~~and~~ conditions in which fate places them. ✓

When during the development of a people the equilibrium of the forces that rule it is interrupted, the har-

mony of its action is broken, and it is then that the profiles of the actions derived from them appear in uneven proportions.

Up to this days we live in, history gives us a series of examples of peoples, that reached a preponderating era over the rest, whilst they kept the equilibrium of the radiating forces of their harmonical development; and that said preponderance and greatness vanished when such equilibrium was interrupted and wanted to make use, without any proportion or harmony, of the powers that ought to rule a society: the mental, the spiritual and the material ones.

The peoples that reach a determined state of development, and that commence to give preferent attention to their material forces, commit suicide, because they interrupt the equilibrium that must rule humanity, and they begin then to trust to the material force many of the problems, the solution of which correspond to the mental and spiritual factors; and this error, so common in men and in peoples, is the one that has left deeper traces in the heart of humanity, because the differences established by it have always had to be settled with blood. When on trying to solve all problems one begins to give preference to material strength, the spiritual powers are in fact subdued, and a logical atrophy invades them. And phenomenon in its development dayly gets larger proportions, establishing between them greater disparity.

The second error committed by nations that have marched astray through the phenomena spoken of in

the preceding paragraph, consists in supposing as definitive the resolutions that the material force dictates on the problems submitted to their consideration.

The material force, when it acquires a decided supremacy over the other forces, develops in men or nations a new sense, originated in the atrophy of all the others, and this is called "the sense of despotism", which marks with unequivocal seal every act of him who has trusted to his care.

The error of despots, in their intercourse with the rest, has wrung from humanity the largest tribute of tears and blood, for the resolution of their controversies is entrusted to the material force, instead of entrusting it to their intelligence or to their heart.

One of their unexplainable errors and most commonly committed by despots, is that of considering that every weak nation that crows down is a solved problem; that every nation that kneels down is a conquered laurel.

Every humiliated nation through main force, means an interrogation placed on the future, for that posture is too uncomfortable to be meekly accepted as definite, and if they do accept it transitorily it is because their instinct of preservation advises them to do so, and the period of its duration embraces the date in which the humiliation was inflicted and the date in which the first opportunity presents itself to avenge the wrong. Despotic nations when reviewing weak ones, consider as their only enemies those who are still standing and in a friendly way shake hands and offer their friendship; but the problem has been set upside down. The despotic, in order to

count their enemies, need not take more trouble than counting the nations humiliated by them; and to this error, only suffered by him who has let his mental faculties to be atrophied, attending only to main force, to this error is due the downfall of the greatest powers on earth, for in their anxiety to cripple liberties and rights, their daring has been carried beyond the limits of their own strength; and the moment has come in which those who were kneeling down have taken a review of themselves, ascertaining that their number is superior by far to that of those who have kept them so, and an instinctive action binds them against their executioners, transforming into success the errors of despotism.

Up to the present time, the history of nations has been confined in mathematical cycles, having reached a maximum of power in accordance with that hideous trajectory marked in former chapters; and the symptoms experienced nowadays, not even beget a hope of other way being sought.

The Central nations tried to considerably invigorate their material power and created what was called "the Prussian militarism". Other great nations contending for supremacy with the Central nations were afraid of that power and, in order to destroy it they had to create a superior one, and this is still standing; who shall be able to destroy it? Time alone, that will be allied to their own errors; but without any alteration in the methods, following that ghoulish trajectory followed by all despoticisms. How long will it take for humanity to gather the teachings of its past? Until when shall men interpret the mission

assigned to them on earth? Until when shall the new doctrines appear dictated by the bitter experience of the past? Who knows it?

The world is actually suffering under the greatest moral and mental bankruptcy registered in history. The material force has taken such preponderance that the other forces develop their action in an almost imperceptible form.

The moral and mental bankruptcy actually suffered by humanity, has reached its magnitude in the last world-war; in that drama over a score of nations took part, such as were considered as the most enlightened nations in the world. Four were the men who prepared the war, coming from the past generation; four were the men who directed it, and four those who put an end to it. The contending countries sacrificed, as an holocaust to main force, twentyfive per cent of the most vigorous men of the present generation; they consumed their economical savings and fell into debts which hardly a century of sacrifices will cover; they destroyed a considerable part of their material progress without reaching any end aimed at; no new man came out of that tragedy, no man showed a superior brain or will; and this is the first time in which a failure does not make fall responsibilities on those who conquer them, and with them the unsuccessful, those who keep their hand on the rudder of the vessel without discovering yet the hospitable port where they may safely anchor her.

Some of those men I allude to, do not take materially a hand in the direction of the universal politics; but their

influence goes on ruling the destinies of that bunch of nations which took part in the conflagration.

No sacrifice has been more useless; it consumed every thing without producing anything! More than twenty million men took part in the strife, and none of them went beyond the limits of the orbit assigned to him as an actor in the tragedy.

151

T r a n s l a t i o n .

THE ERRORS OF THE POWERFUL.

The development and life of men and peoples unfold themselves within a succession of phenomena which re-
vest identical appearances, and the sole fundamental -
difference existing between both of them, lies in the -
time they take for their development, because the latter
always keeps a direct connection with their life; and if
in the life of a man a decade determines a considerable-
influence, in the life of a people the influence of a cen-
tury is scarcely perceptible.

The peoples that are but an aggregate of men, or -
ganized within rules or formulas established by themsel-
ves, in order to place in harmony the life between them-
selves, are ruled by the same forces that rule men - -
mental forces - spiritual and material, the perfect equi-
librium of which embraces the secret of its normal func-
tions.

Men and peoples have their ethnic idiosyncrasy, -
which is integrated by the traditional characteristics -
that may be considered as innate, because on springing -
from life, they gather them as an inheritance and in the
development of their infancy, they are consolidated by their
elders, in the practice of life; but in regard to men -
as well as to peoples, are adapted in the course of their
life, qualities and defects that may be called circums -
tances and conditions in which fate places them.

When during the development of a people the equili-
brium of the forces that rule it is interrupted, the har-

mony of its action is broken, and it is then that the profiles of the actions derived from them appear in uneven proportions.

Up to this days we live in, history gives us a series of examples of peoples, that reached a preponderating era over the rest, whilst they kept the equilibrium of the radiating forces of their harmonical development; and that said preponderance and greatness vanished when such equilibrium was interrupted and wanted to make use, without any proportion or harmony, of the powers that ought to rule a society: the mental, the spiritual and the material ones.

The peoples that reach a determined state of development, and that commence to give preferent attention to their material forces, commit suicide, because they interrupt the equilibrium that must rule humanity, and they begin then to trust to the material force many of the problems, the solution of which correspond to the mental and spiritual factors; and this error, so common in men and in peoples, is the one that has left deeper traces in the heart of humanity, because the differences established by it have always had to be settled with blood. When on trying to solve all problems one begins to give preference to material strength, the spiritual powers are in fact subdued, and a logical atrophy invades them. And phenomenon in its development daily gets larger proportions, establishing between them greater disparity.

The second error committed by nations that have marched astray through the phenomena spoken of in

the preceding paragraph, consists in supposing as definitive the resolutions that the material force dictates on the problems submitted to their consideration.

The material force, when it acquires a decided supremacy over the other forces, develops in men or nations a new sense, originated in the atrophy of all the others, and this is called "the sense of despotism", which marks with unequivocal seal every act of him who has trusted to his care.

The error of despots, in their intercourse with the rest, has wrung from humanity the largest tribute of tears and blood, for the resolution of their controversies is entrusted to the material force, instead of entrusting it to their intelligence or to their heart.

One of their unexplainable errors and most commonly committed by despots, is that of considering that every weak nation that crows down is a solved problem; that every nation that kneels down is a conquered laurel.

Every humiliated nation through main force, means an interrogation placed on the future, for that posture is too uncomfortable to be meekly accepted as definite, and if they do accept it transitorily it is because their instinct of preservation advises them to do so, and the period of its duration embraces the date in which the humiliation was inflicted and the date in which the first opportunity presents itself to avenge the wrong. Despotic nations when reviewing weak ones, consider as their only enemies those who are still standing and in a friendly way shake hands and offer their friendship; but the problem has been set upside down. The despotic, in order to

count their enemies, need not take more trouble than counting the nations humiliated by them; and to this error, only suffered by him who has let his mental faculties to be atrophied, attending only to main force, to this error is due the downfall of the greatest powers on earth, for in their anxiety to cripple liberties and rights, their daring has been carried beyond the limits of their own strength; and the moment has come in which those who were kneeling down have taken a review of themselves, ascertaining that their number is superior by far to that of those who have kept them so, and an instinctive action binds them against their executioners, transforming into success the errors of despotism.

Up to the present time, the history of nations has been confined in mathematical cycles, having reached a maximum of power in accordance with that hideous trajectory marked in former chapters; and the symptoms experienced nowadays, not even beget a hope of other way being sought.

The Central nations tried to considerably invigorate their material power and created what was called "the Prussian militarism". Other great nations contending for supremacy with the Central nations were afraid of that power and, in order to destroy it they had to create a superior one, and this is still standing; who shall be able to destroy it? Time alone, that will be allied to their own errors; but without any alteration in the methods, following that ghoulisn trajectory followed by all despotisms. How long will it take for humanity to gather the teachings of its past? Until when shall men interpret the mission

assigned to them on earth? Until when shall the new doctrines appear dictated by the bitter experience of the past? Who knows it?

The world is actually suffering under the greatest moral and mental bankruptcy registered in history. The material force has taken such preponderance that the other forces develop their action in an almost imperceptible form.

The moral and mental bankruptcy actually suffered by humanity, has reached its magnitude in the last world-war; in that drama over a score of nations took part, such as were considered as the most enlightened nations in the world. Four were the men who prepared the war, coming from the past generation; four were the men who directed it, and four those who put an end to it. The contending countries sacrificed, as an holocaust to main force, twentyfive per cent of the most vigorous men of the present generation; they consumed their economical savings and fell into debts which hardly a century of sacrifices will cover; they destroyed a considerable part of their material progress without reaching any end aimed at; no new man came out of that tragedy, no man showed a superior brain or will; and this is the first time in which a failure does not make fall responsibilities on those who conquer them, and with them the unsuccessful, those who keep their hand on the rudder of the vessel without discovering yet the hospitable port where they may safely anchor her.

Some of those men I allude to, do not take materially a hand in the direction of the universal politics; but their

influence goes on ruling the destinies of that bunch of nations which took part in the conflagration.

No sacrifice has been more useless; it consumed every thing without producing anything! More than twenty million men took part in the strife, and none of them went beyond the limits of the orbit assigned to him as an actor in the tragedy.

157

Translation.

THE ERRORS OF THE POWERFUL.

The development and life of men and peoples unfold themselves within a succession of phenomena which re-vest identical appearances, and the sole fundamental - difference existing between both of them, lies in the - time they take for their development, because the latter always keeps a direct connection with their life; and if in the life of a man a decade determines a considerable - influence, in the life of a people the influence of a cen - tury is scarcely perceptible.

The peoples that are but an aggregate of men, or - ganized within rules or formulas established by them - selves, in order to place in harmony the life between them - selves, are ruled by the same forces that rule men - - mental forces - spiritual and material, the perfect equi - librium of which embraces the secret of its normal func - tions.

Men and peoples have their ethnic idiosyncrasy, - which is integrated by the traditional characteristics - that may be considered as innate, because on springing - from life, they gather them as an inheritance and in the development of their infancy, they are consolidated by their elders, in the practice of life; but in regard to men - as well as to peoples, are adapted in the course of their life, qualities and defects that may be called circum - stances and conditions in which fate places them.

When during the development of a people the equili - brium of the forces that rule it is interrupted, the har -

mony of its action is broken, and it is then that the profiles of the actions derived from them appear in uneven proportions.

Up to this days we live in, history gives us a series of examples of peoples, that reached a preponderating era over the rest, whilst they kept the equilibrium of the radiating forces of their harmonical development; and that said preponderance and greatness vanished when such equilibrium was interrupted and wanted to make use, without any proportion or harmony, of the powers that ought to rule a society: the mental, the spiritual and the material ones.

The peoples that reach a determined state of development, and that commence to give preferent attention to their material forces, commit suicide, because they interrupt the equilibrium that must rule humanity, and they begin then to trust to the material force many of the problems, the solution of which correspond to the mental and spiritual factors; and this error, so common in men and in peoples, is the one that has left deeper traces in the heart of humanity, because the differences established by it have always had to be settled with blood. When on trying to solve all problems one begins to give preference to material strength, the spiritual powers are in fact subdued, and a logical atrophy invades them. And phenomenon in its development dayly gets larger proportions, establishing between them greater disparity.

The second error committed by nations that have marched astray through the phenomena spoken of in

the preceding paragraph, consists in supposing as definitive the resolutions that the material force dictates on the problems submitted to their consideration.

The material force, when it acquires a decided supremacy over the other forces, develops in men or nations a new sense, originated in the atrophy of all the others, and this is called "the sense of despotism", which marks with unequivocal seal every act of him who has trusted to his care.

The error of despots, in their intercourse with the rest, has wrung from humanity the largest tribute of tears and blood, for the resolution of their controversies is entrusted to the material force, instead of entrusting it to their intelligence or to their heart.

One of their unexplainable errors and most commonly committed by despots, is that of considering that every weak nation that crows down is a solved problem; that every nation that kneels down is a conquered laurel.

Every humiliated nation through main force, means an interrogation placed on the future, for that posture is too uncomfortable to be meekly accepted as definite, and if they do accept it transitorily it is because their instinct of preservation advises them to do so, and the period of its duration embraces the date in which the humiliation was inflicted and the date in which the first opportunity presents itself to avenge the wrong. Despotic nations when reviewing weak ones, consider as their only enemies those who are still standing and in a friendly way shake hands and offer their friendship; but the problem has been set upside down. The despotic, in order to

count their enemies, need not take more trouble than counting the nations humiliated by them; and to this error, only suffered by him who has let his mental faculties to be atrophied, attending only to main force, to this error is due the downfall of the greatest powers on earth, for in their anxiety to cripple liberties and rights, their daring has been carried beyond the limits of their own strength; and the moment has come in which those who were kneeling down have taken a review of themselves, ascertaining that their number is superior by far to that of those who have kept them so, and an instinctive action binds them against their executioners, transforming into success the errors of despotism.

Up to the present time, the history of nations has been confined in mathematical cycles, having reached a maximum of power in accordance with that hideous trajectory marked in former chapters; and the symptoms experienced nowadays, not even beget a hope of other way being sought.

The Central nations tried to considerably invigorate their material power and created what was called "the Prussian militarism". Other great nations contending for supremacy with the Central nations were afraid of that power and, in order to destroy it they had to create a superior one, and this is still standing; who shall be able to destroy it? Time alone, that will be allied to their own errors; but without any alteration in the methods, following that ghoulisn trajectory followed by all despotisms. How long will it take for humanity to gather the teachings of its past? Until when shall men interpret the mission

assigned to them on earth? Until when shall the new doctrines appear dictated by the bitter experience of the past? Who knows it?

The world is actually suffering under the greatest moral and mental bankruptcy registered in history. The material force has taken such preponderance that the other forces develop their action in an almost imperceptible form.

The moral and mental bankruptcy actually suffered by humanity, has reached its magnitude in the last world-war; in that drama over a score of nations took part, such as were considered as the most enlightened nations in the world. Four were the men who prepared the war, coming from the past generation; four were the men who directed it, and four those who put an end to it. The contending countries sacrificed, as an holocaust to main force, twentyfive per cent of the most vigorous men of the present generation; they consumed their economical savings and fell into debts which hardly a century of sacrifices will cover; they destroyed a considerable part of their material progress without reaching any end aimed at; no new man came out of that tragedy, no man showed a superior brain or will; and this is the first time in which a failure does not make fall responsibilities on those who conquer them, and with them the unsuccessful, those who keep their hand on the rudder of the vessel without discovering yet the hospitable port where they may safely anchor her.

Some of those men I allude to, do not take materially a hand in the direction of the universal politics; but their

influence goes on ruling the destinies of that bunch of nations which took part in the conflagration.

No sacrifice has been more useless; it consumed every thing without producing anything! More than twenty millions men took part in the strife, and none of them went beyond the limits of the orbit assigned to him as an actor in the tragedy.